

UNIVERSIDAD
EAFIT



Abierta al mundo
aplicando la tecnología

Discurso

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL

Dr. RAFAEL URIBE U.

EN EL CONCIERTO PÚBLICO

DE LA

ESCUELA DE SANTA CECILIA

1892

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR."

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL

Dr. RAFAEL URIBE U.

EN EL CONCIERTO PÚBLICO

DE LA

ESCUELA DE SANTA CECILIA

MEDELLIN—1892

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR."

781.1
4762
1892

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DR. RAFAEL URIBE U., EN EL CONCIERTO

PÚBLICO DE LA ESCUELA DE SANTA CECILIA.

Parece que el Consejo de la Escuela de Santa Cecilia al escoger orador para la presente sesión solemne, se hubiera dejado guiar de propósito deliberado por el criterio de elegirlo entre los más legos en el arte de Euterpe, pues ya que no tenga yo los tímpanos como parches de tambor, ni sea insensible al hechizo de la música, ni acaso merezca los adornos laterales que el dios enojado le puso á Midas (1), jamás

(1) Muy popular es la leyenda del rey frigio, Midas, á quien Baco—por servicios prestados á Sileno—le permitió pedir la recompensa que quisiera, sobre lo cual Midas solicitó, y le fue concedido, que cuanto tocase fuese al punto convertido en oro. Ramas de árboles, guijarros, tierra, espigas, frutas, puertas, muros, todo se solidifica y amarillece á su tacto, trocado en el metal precioso, mas también el pan, el vino y los demás manjares con que luego pretende saciar su hambre y su sed. Por obra de ambas habría perecido si el dios bondadoso no hubiese revocado su gracia y mandádole lavar su culpa y su cuerpo en los manantiales del Pactolo, río al cual comunicó su virtud y que desde entonces arrastra arenas de oro. Pero estaba escrito que la estultez de Midas era incurable y que había de seguir siéndole perjudicial. Aconteció que Pan, con su flauta campestre, retó á desafío musical á Apolo, con su lira de marfil, enriquecida de diamantes, y que ambos tomaron por juez de su disputa al viejo Tmole, quien falló contra la flauta en favor de la lira. Pero Midas, que se halló presente, tachó de injusto el fallo, y no pudiendo sufrir Apolo que orejas que tan mal le servían conservasen forma humana, alargó las de Midas, las cubrió de pelo blanquizeo, las hizo móviles y les dio, en una palabra, forma asnal. Así deberían tenerlas muchos que yo me sé.

supe tocar instrumento alguno, ni eduqué siquiera medianamente de otro modo el oído, ni soy por tanto un *dilettante* ó aficionado, y menos un *virtuoso*. Me despierta agradablemente la serenata que tocan ó cantan en la esquina; me llaman extraordinariamente la atención el aire popular ó las trovas que entonan los campesinos agricultores al són de la herramienta; me encanta un acorde bien rasgueado de bandolas, tiple y guitarras; me estremece un aire marcial de la retreta; y á su enérgico compás quisiera al punto tener delante fortificaciones enemigas que saltar; me tranquiliza y calma luego un aire suave y melancólico; las cadencias de una orquesta de baile me sacan fuera de mí; si la ópera no me arranca torrentes de lágrimas ó explosiones de entusiasmo, es á poder de esfuerzos para dominar mi emoción; el ritmo voluptuoso de un vals me sustrae con sus blandos dedos á las miserias de la vida real y me pone á flotar adormecido á inconsciente por imaginarias regiones donde las melodías me zumban como moscas de oro al rededor de las sienes; y hay veces en que sólo una aria de piano, hábilmente ejecutada, me hace sentir capaz de improvisar frases elocuentes ó de llevar á cabo alguna noble acción. A un hombre así, que se alegra, se entristece ó se conmueve á bulto; que se apasiona sin gusto ni discernimiento con toda especie de música; cuyo oído halagan ó cuya alma desgarran acordes sonoros que á un inteligente, dotado de organización especial y cultivada, dejarían acaso indiferente y frío; á un sujeto así, tan al uso común y tan sin educación musical ¿qué ideas nuevas, originales y delicadas pueden pedírsele? ¿qué crítica ilustrada y propia será la que pueda aplicar para formar sus juicios? Ignorante hasta del vocabulario profe-

sional ¿cuántos no serán los errores tecnológicos que cometa, confundiendo lastimosamente melodías y sinfonías, arias con romanzas, ópera seria con ópera bufa, y hasta fugas con preludios? Todavía inhábil domador de palabras, ¿cómo no aparecerá rota en mi inculta prosa la armonía que debiera ruinar entre las ideas que el asunto sugiere y su representación hablada?

Vayan todos esos desafueros, si los cometiere, á cargo de los que me hicieron la honra de nombrarme ¡ay! y el flaco servicio de ponerme aquí en berlina, y discúlpennme la buena voluntad de servir á la Escuela y el deseo de contribuir al adelanto de una obra pública importante por el aspecto del embellecimiento y progreso de la ciudad.

I

La historia y la utilidad ó influjo de la música eran desde luego temas recorridos para esta ocasión (2). Aunque ese divino arte—como el de la palabra, con el cual debió acaso coincidir—no tuvo propiamente comienzo determinado, citando á Lucrecio en su poema *De rerum natura*, mostraría, no obstante, su origen y el primer embrión de las ideas musicales, en los esfuerzos del hombre por imitar con modalidades armónicas el canto de los pájaros y el misterioso murmullo del céfiro entre las ramas de los árboles ó al través de las cañas del lago. Como la invención de los instrumentos musicales siguió probablemente muy de cerca á la aparición de la música misma, y como los progresos de ésta han venido necesariamen-

(2) Esta parte del presente discurso no fue leída en el Teatro.—Las notas fueron escritas después.

te ligados á los de aquéllos, apoyándome en la autoridad del mismo Lucrecio, descubriría en la caña hueca sobre la cual luchaba el pastor por expresar su amorosa querrela, el primer punto de partida en la evolución de la música instrumental, reflejada á su vez en una evolución cerebral correspondiente.

Recordaría que los hebreos reivindicaban para Javal la honra de haber inventado el primer instrumento de cuerdas, llamado en la Biblia *kinnor*, y que parece haber sido semejante á la lira. Los libros chinos afirman por su parte que Fo-hi, uno de sus primeros legisladores, inventó instrumentos musicales para suavizar las rudas costumbres de los primitivos habitantes de esas lejanas regiones. La India tuvo música sagrada desde los tiempos mitológicos, pues atribuye la invención de ella á una de sus diosas, Sereswaki, así como la del *vinia*, el más antiguo instrumento musical conocido y que debió de aproximarse á la flauta. Los egipcios emplearon también la música en los funerales y en las fiestas religiosas, sirviéndose de sistros, liras y *tebounis*, especie de arpa atribuida á Osiris. Los babilonios, asirios y ninivitas, pueblos de tan refinada civilización para su época, usaban la pandereta y el pentacordio, que figuran en los vestigios de sus monumentos, aunque el segundo lo descubrieron los escitas, que lo tocaban con cerdas estiradas en una quijada de perro, á guisa de arco ó plectro. Hasta aquí no hallamos sino ensayos de música rudimental en pueblos cuya imperfecta organización y desarrollo cerebral no les permitía elevarse hasta el concepto del arte. Pasando por sobre persas, árabes y etruscos, llegamos á los griegos, ardientes y delicados cultivadores de todas las artes: colocaron ellos entre los dioses ó mitos á sus más célebres músi-

cos, Lino, Orfeo, Anfión, y dieron origen celeste á la invención de los instrumentos, consagrando la lira á Apolo, la zampoña (3) á Pan, á Minerva la cítara y la flauta, el cuerno á Diana y el salterio á Chirón ó á Museo, si bien la siempre ambiciosa versión bíblica reclama el honor de esta invención para David, aunque lo cierto es que proviene de los fenicios. El cuerno del toro, hojas metálicas violentamente golpeadas entre sí, y una piel seca y tendida que se hacía resonar con la mano ó con una vara, son hallazgos demasiado fáciles de suponer, para que haya necesidad de atribuirlos á los coribantes ó sacerdotes de Cibeles, cuya poco armoniosa orquesta constituían.

Demostraría, en seguida, que—como, felizmente para la más rápida evolución de la humanidad, la guerra ha existido en todo tiempo—eran indispensables instrumentos ruidosos y estridentes para dar señales en medio del tumulto del combate; que para ello se requería hacerlos de metal, de donde provino la trompeta hebrea, la *tuba* romana y la *salpica*, especie de bocina cartaginesa, y que para acentuar el ritmo de las músicas militares, hubo de adoptarse el tambor (4), de origen árabe, el triángulo, procedente de Siria, el címbalo y otros.

(3). La zampoña es el instrumento rústico compuesto de varios tubos de diferente longitud, ligados con cordones y cera á otra materia glutinosa. Entre nosotros se llama, no sé por qué razón, capador, que según el Diccionario de la Academia, es el nombre del silbato que llevan los que ejercen ese oficio.

(4). Los que andan á casa de etimologías, pretenden que, como el tambor reproduce en alguna manera la forma de las montañas del Asia Menor, donde fue inventado, es de la del *Tabor* de donde deriva su nombre.

Quinientos años antes de la era cristiana, hallamos el órgano mencionado en los versos de Pindaro, aunque sólo hacia el siglo VIII lo vemos definitivamente admitido en las ceremonias religiosas. Cuando el teclado de ese majestuoso instrumento, fuente de tantas inspiraciones, admitió la notas diatónicas y cromáticas ó tonos y semitonos, las combinaciones simultáneas de varias notas dieron nacimiento á este que se ha llamado el sexto sentido del hombre civilizado, la percepción de la armonía. El primer organista célebre fue el veneciano Francisco Landino, que por los años de 1340 introdujo en el órgano importantes mejoras, complementadas con la invención de los pedales, que realizó en el siglo siguiente el alemán Bernard.

Yá desde 330 el Papa Silvestre había fundado las primeras escuelas para el estudio del canto llano, última transición entre la melopea antigua y la verdadera música religiosa; y tales modificaciones le introdujo San Gregorio para 590, que desde entonces quedó llamándose canto gregoriano. Los dramas litúrgicos, producto de la imaginación cristiana, y cuya acción, vestidos y música entreteñían agradablemente al pueblo de la Edad Media en las fiestas religiosas, fueron asimismo agente eficaz para difundir la educación del oído y formar el comienzo del gusto musical popular.

Los trovadores, compañeros de los cruzados, trajeron del Asia la guitarra, la viola—que, perfeccionada, se convirtió en el violón moderno—el monocordio, la jiga y el rabel, antepasados del violín actual, y esos nuevos instrumentos permitieron ejecutar melodías complicadas y adelantar la evolución del sentido auditivo y de la estética musical. Los

minnesingers alemanes y los trovadores italianos, provenzales y franceses ejercieron tan notable influjo en el desarrollo del arte en la Europa bárbara, que á uno de éstos—Adán de la Halle—poeta—músico del siglo XIII, remontan las primeras composiciones complicadas y de inspiración espontánea; á él se debe también la *Escena musical dialogada* ó *Juego de Robin y de Marión*, punto original de partida para la moderna ópera cómica.

La Edad Media conoció una gran profusión de instrumentos, fuera de los yá nombrados, como el laúd, la mandolina, el caramillo ó silbato campestre, el flajolé, el oboe, la cornamusa, la gaita, la corneta y muchos más, con los cuales bien podrían arreglarse orquestas completas. A todo esto, había venido á añadirse desde el siglo XI la invención de la nota por un fraile benedictino, Guido de Arezzo, y tan considerable adelanto dio al arte nuevo impulso y facilitó la transcripción de las obras musicales, que hasta entonces venían transmitiéndose por tradición oral ó por medio de imperfectos sistemas en que figuraban caracteres numéricos y letras del alfabeto, como más tarde, por vía de perfeccionamiento, quiso hacerlo Rousseau, y en este siglo Chev , Fallon y otros. La tipografía y la litografía sobrevinieron luego para multiplicar con exactitud y baratura las copias, y estas nuevas adquisiciones impulsaron eficazmente el progreso del arte (5).

(5) Es bien sabido que en el nuevo método, los nombres de las seis primeras notas son las sílabas iniciales de un himno litúrgico, y que la séptima no se inventó sino en el siglo XVII, después que el parísense Juan de Muris hubo introducido en la notación reformas que la hicieron capaz de expresar la medida y la duración de los tonos.

Sólo para la época del Renacimiento llegó á dividirse decididamente la música en dos ramas del todo distintas: el género profano y el religioso. Hasta entonces, al par que ciertas canciones se entonaban por el aire de cánticos religiosos, así también varias partes del oficio se modulaban en la iglesia sobre aires populares, á veces triviales ú obscenos, como todavía acontece en algunas de nuestras parroquias montañesas, donde—á pesar de las prohibiciones terminantes del Concilio de Trento—á la solemnidad de un salmo sucede ó acompaña el ritmo juguetón, sensual ó mundano de la polca á la moda. Bien es que esa prohibición no alcanza á impedir que críticos musicales descubran en la fórmula salmódica la idea de una antigua armonía frigia, y la de una armonía dórica en la entonación melancólica del canto *In exitu Israel*. El *Pater*, el *Prefacio de la misa*, el *Tedum*, el *Tantum ergo* &c., son simples transformaciones de célebres melopeas griegas ó latinas. “¡Caprichos de la suerte! el canto de una oda de Píndaro ó de un himno á *Veos* acompaña quizá hoy las efusiones católicas en honor de la Inmaculada Concepción! Testimonio fundado y significativo, entre otros muchos, de la singular manera como las religiones que nacen heredan inconscientemente á las que mueren, á pesar del odio y del desprecio de los nuevos y orgullosos sectarios!” (6)

Bajo la mano poderosa y creadora del italiano Palestrina, muerto en 1594, se renueva ó, mejor dicho, surge con nuevo carácter la música religiosa. Monteverde da por entonces al público el primer drama lí-

[6] Larousse. De este autor proceden también algunos de los datos empleados en la presente reseña histórica de la música.

rico, *Orfeo*, representación de que apenas había huellas en la historia del teatro griego y romano. Ese mismo compositor aumenta los instrumentos de la orquesta y—sobre todo—les hace tocar partes distintas, para producir acordes disonantes y efectos destinados á traducir ideas musicales delicadas y complejas. En 1581, Catalina de Médicis hizo representar en la corte francesa el *Ballet comique de la Royne*, asunto tomado de la fábula de Circe, y cuya *mise en scène* costó al afeminado Enrique III doscientos mil escudos (\$ 720,000).

La música militar, por su lado, se formaba poco á poco. Los italianos, primero que nadie, tuvieron bandas compuestas de trompas, clarines, tambores y chirimías y aun violines; y todavía en el siglo pasado los dragones se servían de cornamusas, los infantes de pífanos y tambores, la caballería de trompetas y timbales, y de oboes los mosqueteros á caballo.

En adelante, la marcha ascendente del progreso se hace sentir con mayor fuerza. Las invenciones y los descubrimientos se suceden con rapidez. Lulli modifica profunda y sabiamente la orquesta; Rameau da solución á uno de los mayores problemas de armonía, la *base fundamental*; Grétry, inspirándose en Pergolèse, se esfuerza—con buen éxito hasta allí no alcanzado—en hacer coincidir las palabras con la música; estos cuatro compositores enriquecen á porfía con sus producciones el ya grueso caudal del arte; perfeccionamientos sucesivos simplifican y facilitan el uso de los instrumentos antiguos, al propio tiempo que otros nuevos vienen á acrecer el número de los ejecutantes de la orquesta en una proporción notable y á hacer definitiva la creación de la música instrumental: el clavicordio, sucesivamente trasfor-

mado en espineta y piano-forte, se convierte al fin en nuestro piano con sus cuerdas metálicas y su ingenioso mecanismo que combinado con los pedales—permite al ejecutante la más exacta observación de las transiciones y matices y da lugar así al apareamiento de genios como Listz; fabricantes tan exquisitos como Estradivario y Amati hacen posible a Paganini; Montclair introduce el contrabajo en la ópera, y Gossec y Philidor elevan hasta ocho el número de esos instrumentos; añádense sucesivamente flautas á las flautas, oboes y bajos para facilitar la pulsación y aumentar el número de sonidos intermedios; un guitarrista de Nuremberg, Cristóbal Dummer, inventa el clarinete; y la trompa, el bombo y el trombón, los tres de origen turco, llegan á completar la orquesta. Gracias á todos esos medios nuevos, sobreviene la perfección del drama lírico y la transformación de la tonalidad, y entonces el siglo pasado ve desenvolverse repentina y maravillosamente el germen del arte musical, hasta entonces casi infecundo ó desarrollado con lentitud, y el tropel de nombres famosos que se viene á los labios—Scarlatti, Stradella, Porpora, Paisiello, Cimarosa, Méhul, Monsigny, S. Bach, Haendel, Glück, Mozart—atestigua que no ha sido perdida la oscura labor de millares de generaciones al través de las centurias, y que la honda y persistente huella trazada por el sonido en el cerebro humano ha hecho posible la formación definitiva de un órgano nuevo que ya no desaparecerá jamás: el sentido musical.

Mas en la clepsidra del tiempo suena ya, señores, la inevitable hora de este grande y glorioso siglo XIX, único en que verdaderamente parece que hubiera comenzado á vivir la humanidad, y entonces el

cuadro del arte adquiere tan insólitas dimensiones, que ya es imposible nombrar siquiera á los incontables genios de primera línea que aparecen á porfía, ni enumerar la lista de los inventores que surgen; de suerte que ni superficialmente es fácil tratar el punto. Las patentes se suceden por centenares, y sólo en el atento estudio de las biografías de los maestros y en el análisis de sus obras principales, es donde puede seguirse el vertiginoso desarrollo del arte que han elevado á tan alto é incomparable grado de perfección. Tan sorprendente progreso ha venido siguiendo en la expresión de las ideas y de los sentimientos, que ningún motivo hay para suponer que ya haya dicho su última palabra. Bien había dicho ya la suya la estatuaría desde hace tres mil años, en manos de Fidias; ante las ruinas antiguas no le queda á la arquitectura moderna más recurso de novedad que el de la audacia; y nó para superar, para igualar siquiera á los pintores de los siglos pasados, apenas cuenta nuestra civilización con la vaga esperanza de reemplazar algún día por completo el pincel con el rayo de sol.

II

Acerca de la influencia y utilidad de la música ¿qué frases nuevas podría pronunciar aquí? ¿Quién no sabe que el medio más eficaz que halló la antigüedad para grabar en el espíritu de los hombres preceptos de moral, de legislación y de patriotismo fue el uso de la música? ¿Quién ignora que esa lengua universal, cuya magia y dulzura alcanzan á comprender hasta los menos bien dotados, es reguladora de las costumbres? Las impresiones que produce amortiguan en los individuos las inclinaciones bajas y sensuales, y serenán el impulso de pasiones feroces

ó groseras; penetrado el espíritu por el puro y suave hechizo de que lo rodea la ejecución de una hermosa obra musical, da tregua á sus preocupaciones y cálculos, calma su actividad, modera el desorden de sus movimientos y cae en una especie de delicioso estupor, que hace cesar los padecimientos morales y aun á veces los físicos. Al pisar Dante las riberas del Purgatorio, tropieza con la sombra de su coetáneo y amigo el excelente músico Casella, su compañero de estudios, á quien dice: "Si una nueva ley no te ha hecho olvidar tu arte y aquellos acentos de cantos de amor que apaciguaban todas mis penas, consuélame alma, transida de terror." Casella entona la canción *Amor que nella mente mi ragiona*, una de las más hermosas que el Dante mismo había compuesto, y lo hace con tal suavidad y ternura, que el encanto de su voz penetra el corazón del poeta, suspende al Mantuano, su guía, y detiene el paso peregrino de las almas que antes marchaban hacia la cumbre de la montaña, ansiosas de purificación; hasta que su guardián, el severo Catón—personificación del deber inflexible—las saca de su distracción y momentáneo olvido, reprendiéndoles con voces ásperas su negligencia. Concluye el episodio con una de esas dobles comparaciones tan del gusto del vate florentino y que—antes de pasar adelante—no puedo menos de citar, seducido por su gracia y exactitud: "Así como las palomas que—sin dejar oír más su ordinario arrullo—se reúnen para picar juntas los granos de trigo ó de cizaña, y si algún objeto excita su terror, huyen prontamente, abandonando su alimento, así las sombras extranjeras, olvidando los cantos de Casella, corrieron hacia la costa, como el hombre que sigue un camino sin saber á dónde ha de conducirlo."

La música es placer tan pasajero, dice Mme. de Staël; lo siente uno deslizarse tan fugaz á medida que lo experimenta, que una impresión melancólica se mezcla á la alegría que causa. Dobla la idea que tenemos de las facultades del alma; tiene la feliz impotencia de expresar un sentimiento bajo; y aun la desgracia en el lenguaje musical, carece de irritación y de amargura. La música sollevanta suavemente el peso que todos llevamos sobre el corazón y que se confunde con el sentimiento mismo de la existencia: ¡tan habitual así es el dolor que nos causa! Parece que al escuchar acordes puros y delicados, esté uno á punto de sorprender el secreto de la creación y de penetrar el misterio de la vida. Ninguna combinación de palabras puede expresar esa impresión, porque ellas se arrastran tras las emociones primitivas, como una traducción en prosa tras el rápido verso del poeta. Sólo la mirada puede dar alguna idea del goce musical; sólo la mirada del sér amado, larga é insistentemente fija sobre nosotros, penetra tanto gradualmente en nuestro corazón, que fuerza nos es al fin bajar los ojos para sustraernos á la violenta emoción de una dicha tan grande (7).

Tan poderoso medio de excitación es la música, tan profundamente renueva y sacude el fondo mismo de la naturaleza humana, á veces de un modo enteramente físico, que la imaginación antigua generalizó bajo formas legendarias los fenómenos producidos por los efectos de la armonía. Ante la terri-

[7] Infeliz de aquel á quien no conmueva la armonía, porque ese será evidentemente un ser incompleto y acaso monstruoso, y digno no sólo de lástima sino tal vez de desconfianza. "El perverso no canta", decía el adagio antiguo.

ble trompeta de Jericó se derrumban los muros de las ciudades, que antes se formaban por sí mismos bajo el influjo del laúd de Anfión; y estos dos mitos no tienen, con el de Orfeo, más objeto que exaltar el poder de la música extendiéndolo á los animales, á las plantas, á las piedras. Si de la leyenda pasamos al dominio de la historia ¿cuántos son los hechos que atestiguan el mágico influjo de este arte admirable? Terpandro apacigua con sus cantos una sedición de Esparta; Tirteo empuja con sus himnos los Lacemonios al combate; Ismenias con las modulaciones de una música guerrera induce á Alejandro, que estaba á la mesa comiendo en reposo, á levantarse estremecido en busca de sus armas; entre las fieles tropas suizas era prohibido tocar el *Ranz de las vacas*, porque excitaba en los soldados tan gran nostalgia de sus montañas que los hacía desertar la bandera; el eco de la diana, repercutido de tolda en tolda por el campamento, hace de súbito erguirse en pie al soldado y le pone en olvido las fatigas, las privaciones y los padecimientos; los acentos heroicos del himno de Rouget de Lisle salvaron á la gloriosa Revolución francesa contra la coalición de los tiranos; las notas amadas del *Home, sweet home* evocan y hacen surgir ante los ojos de los veteranos de Inglaterra en la India ó en el Africa la imagen querida de la patria ausente, imagen que se esfuma y desvanece con los últimos acordes de ese canto del hogar inglés; mas ¿cuántas veces se les vió marchar serenos al peligro y á la muerte, enardecidos y electrizados con el ritmo vigoroso del *Rule, Britannia* ó del *God save the Queen*? ¿A qué multiplicar más estos ejemplos acerca del efecto de los himnos nacionales y patrióticos sobre los ejércitos en día de batalla? Yo mismo he

visto á pelotones de soldados, en medio del humo del combate, del horrisono silbar de las balas y del caer y morir de los compañeros, los he visto—pálido el rostro, dilatada la pupila y erizado el cabello—estrellarse ciegos y frenéticos contra las trincheras enemigas, arrebatados por el brioso compás de un bambuco, como por un sople de tempestad.

¿A qué detenerme tampoco á defender la utilidad de la música y del canto como parte indispensable de la educación, ya no sólo por el aspecto moral sino aun por el físico? Por una parte desarrolla los órganos de la voz y del oído, da á la palabra más sonoridad y dulzura, corrige defectos de pronunciación y previene enfermedades, y por otra, distrae la monotonía de los trabajos y estudios, hace amable, atractiva y alegre la escuela y dota al individuo con uno de los adornos sociales más interesantes, que á veces puede llegar á ser fuente de provechos para él y de goces para los demás. Básteme lamentar la casi absoluta ausencia de la enseñanza musical en nuestros programas de instrucción pública, y permítaseme que abandonando los temas que dejo apenas esbozados y sobre los cuales han escrito los especialistas monografías tan completas (7), haga de paso á los superiores de la Escuela de Santa Cecilia la indicación de imprimir á los estudios del Instituto una dirección que pueda conducirnos á la adquisición de una música nacional ó propia; y permítaseme también que en el final de este discurso me con-

(7) Baste mencionar el *Diccionario de las óperas*, del crítico francés Félix Clement, obra de cerca de 1000 páginas en 4.º; la *Historia de la Música religiosa*, del mismo autor; y la *Historia general de la Música* por J. F. Fétis, obra enorme en ocho volúmenes.

crete al punto que—á haber dispuesto de tiempo suficiente—hubiera debido ser objeto exclusivo de su fondo, es á saber: consideración de la existencia y feliz desarrollo de la Escuela como parte de una serie de fenómenos pertenecientes á la innegable transformación social que viene cumpliéndose entre nosotros, y en la cual esa misma Escuela ha sido y es eficaz factor.

Efectivamente, contra todo lo que ciertas apariencias y hechos notables pero aislados parecen indicar, pienso que asistimos al desenvolvimiento de una faz importante en la evolución del concepto de la vida y de la virtud. O mucho me engaño, ó el ideal ascético—antisocial é inhumano—mirado antes como dechado de perfección y como la más grandiosa expresión de la virtud, está yá á punto de ser desalojado de sus últimos atrincheramientos, atropellado por la fuerza creciente y avasalladora del progreso moderno. Cierto que de vez en cuando, por el influjo de ese ideal, contemplamos el infortunio de los hogares, abandonados por algunos de sus miembros. Cierto que aún se hace práctica separación entre la fe y las buenas obras, entre la devoción y la rectitud de conciencia; que por eso apenas hay vislumbres y resquicios de tolerancia religiosa y política, y que sólo algunos empiezan á recelar la posibilidad de que uno pueda ser honrado y virtuoso aun careciendo de ciertas creencias, aun dejando de ejecutar ciertas prácticas y aun profesando ciertas ideas sobre el gobierno y la economía de las sociedades. Verdad que para ir de ahí al ejercicio voluntario de la dulzura y de la benevolencia y al establecimiento de la armonía hay aún largo trecho que andar. Verdad que aún no se concede á la libertad y á la dignidad del

ciudadano toda la importancia que tienen ni todo el respeto que merecen; pero yá no se consideran como absolutamente inconvenientes el odio á la servidumbre, el valor personal, el cuidado de la reputación y de la honra, ni aun el pundonor, la vergüenza, el decoro, el amor propio y el deseo de gloria, sentimientos que mantienen en pie al hombre, y lo impulsan á la acción vehemente, y que son bien distintos del engreimiento, la vanidad, la soberbia y la venganza; fuera de que por experiencia se ha visto que sobre la humildad, la paciencia, la mansedumbre y la modestia no puede asentarse un cuerpo social digno de tal nombre, donde las sanciones sean eficaces, donde la seguridad y la tranquilidad existan y donde los perversos no cabalguen á toda hora sobre los justos y los exploten y maltraten. Todavía residuos considerables de egoísmo, de envidia y de rencor dificultan la marcha de estas sociedades hacia el porvenir; pero, en cambio, del desprecio de las cosas del mundo, del odio á las riquezas, á las comodidades y á todo bienestar, no van quedando ni huellas, pues este pueblo laborioso, emprendedor y varonil, permanece en pie de día y de noche, agitado por el afán del trabajo y ansioso de ir por el ahorro á la holgura y por la acumulación á la independencia; al propio tiempo, la avaricia y el egoísmo van siendo reemplazados por un espíritu cada vez más amplio de desprendimiento y caridad, que no espera sino á desprenderse de ciertas fórmulas y distinguos para convertirse en esa filantropía moderna, por la cual la izquierda ilustrada si ve lo que da la derecha. De las aces penitencias, ayunos y maceraciones antiguos, apenas si quedan algunas mortificaciones y abstinencias para ciertos periodos del

año, y aun de éstas el actual Congreso colombiano ha pedido la supresión á la sede romana, persuadido de que en estos climas se requiere que el hombre reserve todas sus fuerzas para la lucha por la vida, á causa de que á mayor desgaste de los tejidos debe corresponder mayor y nó menor reintegración por el régimen alimenticio; persuadido de que los servicios que en lo intelectual y en lo industrial es capaz de prestar cada individuo á la sociedad son proporcionales á su salud y vigor; persuadido de que hay manifiesto error en considerar las funciones mentales como independientes de las corporales; y persuadido, en fin, de que ya son anacrónicos en este siglo los cenobitas solitarios y los padres del yermo, perdidos en abismos de contemplación en cuyo fondo solían crecer las flores amargas de la duda y con más frecuencia aún los venenos de la locura. En consecuencia, va calando la convicción de que nuestras privaciones no son fuente de felicidad para nadie, que nuestras dichas y placeres á nadie ofenden y que la tendencia á mantener en plena acción las funciones orgánicas es ley natural ineludible, cuya abierta violación es á veces causa de que se produzcan desórdenes incontables. De aquí también que ya no siempre se crea que entre la carne y el espíritu haya aquel perpetuo antagonismo que hacía exclamar á Orígenes: "¿Quién me librará de este miserable?" ; sino que—rindiéndose á la evidencia—se ha considerado unidos entre sí con tan estrecha costura al cuerpo y al alma, que su influjo recíproco obliga á cuidar de ambos, á adestrarlos á entrambos, á conducirlos por igual y juntos como un par de caballos enganchados á un mismo timón.

En vez de la apología inrestrita del celibato, se

considera con razón como nuestra más firme esperanza de risueño porvenir el poder de reproducción de nuestra raza, la invencible inclinación á la temprana formación de hogares, y la imponderable fuerza que sobre nosotros tienen los afectos y lazos de familia, fuente de goces inocentes y garantía de salud para los individuos y de prosperidad para la patria. A lo que viene añadiéndose ahora la mayor frecuencia y facilidad en el comercio social de los jóvenes de uno y otro sexo, para ventaja de ambos y beneficio común: ante el hombre pierde la mujer su timidez, causa á veces de su desdicha; con la presencia y trato de la mujer pierde el hombre su bronquedad y cerrilismo, cual se desvanecen las brumas al áureo beso del sol; y con ocasión del recíproco estudio de caracteres que esas relaciones provocan, disminuyen las probabilidades de enlaces desgraciados.

Al horror por la tentación y á la estéril obsesión del miedo al pecado, productores de apocamiento y de inacción, va sucediendo la serenidad del ánimo y la confianza en la naturaleza humana; de donde procede que—así como en la legislación penal el progreso se haya hecho sentir disminuyendo el número de acciones castigadas y suavizando la escala proporcional de las penas—así, en la moral religiosa y práctica, decrece á ojos vistas el escalafón de actos y pensamientos erigidos en pecado, y creo que también se templó el rigor de las penitencias, aunque de esto último no estoy bien al corriente. De esta suerte, á medida que se otorga mayor influjo á la bondad y á la clemencia divinas, disminuye el terror al infierno y se contempla decrecer visiblemente—para satisfacción general—el antes abrumador y

omnímodo poder del diablo, pobre personaje de quien á la larga no quedará acaso más memoria que en la ópera de Gounod. A ese paso vemos popularizarse la higiene del cuerpo y de las habitaciones y ciudades; generalizarse el gusto por el paseo, las tertulias, la retreta y las diversiones inocentes, acreditarse la danza, madre de la elegancia, y placer donde ABRASARSE no es ABRASARSE sino para el impuro que de antemano va henchido de liviandades. En vez de considerar que es deber del ciudadano andar astroso y mal oliente, se otorga gran puesto al aseo y no se califica de pecaminoso halagar el olfato con perfumes, al paladar con el vino y el regalo de la mesa, al oído con música delicada cual la que esta noche hemos escuchado, á la vista y al tacto con buenos vestidos y trajes bien cortados, con parques y edificios bien construídos—tanto en la ciudad como en el campo—con tapices, muebles, vajillas, cuadros, esculturas y objetos de arte, carroajes y otros mil halagos de la sensibilidad, los cuales—restringiendo la vaga y contingente esfera de lo superfluo y lo lujoso—atestiguan que este pueblo tiene la fibra moderna y una sorprendente y prodigiosa aptitud de asimilación. Al propio tiempo, si todavía no se concede que el arte nada tenga que ver con la moral, al menos se otorga al teatro y á los espectáculos más influjo moralizador que corruptor, y de ahí se irá á contemplar sin aspavientos el desnudo en la pintura, en la escultura y en la literatura, cuando se abra campo el concepto de que la inmoralidad no está en el artista sino en los ojos del que mira. El hábito de la lectura empieza á difundirse y con él el de los goces intelectuales, y ya en muchas manos femeninas vemos reemplazado al absurdo Pérez Escrich por Pérez Gal-

dós ó Pereda, y á la fofa Sinués de Marco por la Par-do Bazán ó mas audazmente todavía por el naturalista P. Coloma, de la Compañía de Jesús.

En vez de la máxima fatalista de no andar cuidadosos del mañana ni tener solicitud por cosa alguna, sino con sólo oraciones y ruegos manifestar nuestras peticiones al Altísimo, se ha visto que—según doctrina de buenos filósofos y lecciones de la experiencia—el creyente debe implorar incesantemente á Dios, rogarle, requerirle, suplicarle, pero que no debe contentarse con eso sino que conviene por su parte que se agite y sea cooperador con Él. C. Flaminio, cónsul, cuando por astucia de Aníbal fue encerrado cerca al lago de Perusa ó Trasimenes, dijo á sus soldados afligidos y suplicantes: "Muchachos, no hay que esperar que salgamos de aquí por meros votos ó imploraciones á los dioses, sino por la fuerza y virtud del filo y punta de nuestras espadas, abriéndonos camino por en medio de los enemigos". Y M. Porcio Catón dice en Salustio que "la ayuda de los dioses no se impetra por votos ociosos y lamentaciones femeniles, sino que es velando, trabajando, moviéndose como todas las cosas suceden á placer y llegan nuestros deseos á buen puerto. Si en la necesidad y en el peligro es el hombre negligente, desgonzado y perezoso, en vano implora á los dioses: éstos se irritarán ó indignarán, ó permanecerán indiferentes." Todo lo cual lo dijo, si no mejor, más concisamente, aquel antioqueño derrotado en los Chancoos que—cruzando al galepe el llano de la Polonia, se detuvo un momento al ver á un paisano que—arrodillado sobre el césped, juntas las manos y fijos los ojos en el cielo en actitud devota—exclamaba compungido: "¡Santa Virgen de Copacabana! una pro-

mesa te mando si me sacas sano y salvo de entre las garras de estos negros impíos y herojes"; y el fugitivo, dándole del acicate á su cabalgadura: "Aténgase no más á la Virgen y no corra."

¿Quién cree hoy que la ignorancia sea madre de la piedad? ¿quién condena hoy, en principio, el amor á la ciencia, la necesidad del estudio y el influjo civilizador de las artes? Bien es que hartas reservas se les hacen todavía; bien es que no son muchos los que prefieran las angustias de la duda á la inercia del pensamiento, como los pueblos viriles prefieren las luchas de la libertad á la calma muda de la servidumbre; y bien es que entre nosotros hay todavía muchos que al anuncio de cada adelanto tuercen el gesto más espantosamente que un mono tragando píldoras, ó que se quedan más aterrorizados y balbucientes que los soldados de Efraim cuando por los galanditas fueron amenazados de muerte y ahogados por—en vez de *schibboleth*—haber dicho *sibboleth*. A esos les diría, matizando adrede mi imprecación de arcaísmos, de citas mitológicas anticuadas y de imágenes accesibles para sus entendimientos débiles: "Hermanos, en balde cruzáis los dedos sobre las rodillas para oponeros al alumbramiento de la civilización, á la manera de Juno, la celosa, para impedir el parto de Alemena, madre de Hércules (8); si para vosotros la campana del progreso tiene tañido más lúgubre y fa-

[8] Al escribir estas notas, destinadas á explicar el sentido de algunas alusiones que pueden parecer oscuras para el público iletrado, observo que—fiado de la memoria—erré en la cita mitológica de este pasaje. No fué Juno, irritada por la traición de Júpiter con Alemena, mujer de Anfitrión, no fue Juno en persona, digo, sino Lucina, diosa de los alumbramientos, la que enviada por aquella re-

tídico que el de los calderos de Júpiter en Dodona, ó que el silbido del viento en el pórtico Hepafone, en Olimpia, ó que el ruido sempiterno que al calentar la aurora despedía de sí el coloso erigido sobre el sepulcro de Memnón, en Tebas de Egipto, en vano, os tapáis los oídos aunque sea con cera, como Ulises, para no escuchar á las sirenas; en vano deseáis que esas campanas sean acolchadas y lleven badajos de colas de zorra, á fin de que no perturben vuestro dulce sueño, en brazos del monopolio y la ignorancia. Hermanos, consolémonos: este es destino á que no podemos resistir, pues parece pasado por las manos y ruelas de las tres hermanas fatales, hijas de la necesidad; y antes de que á una de ellas, Atropos, la fe-

tardó siete días y siete noches el nacimiento de Hércules; sentada sobre un banco, frente á la puerta del palacio de Anfitrón, con la rodilla izquierda sobre la derecha, y los dedos de las manos juntos y entrelazados, pronunciaba palabras en voz baja para impedir el parto; hasta que la viva y astuta Galantis, sierva de Alemena, engañó á Lucina diciéndole sin conocerla: "Quienquiera que seas, felicita á la reina, que acaba de dar á luz un niño"; á estas palabras, púsose la diosa en pie, sorprendida, desmenuzó los dedos, los obstáculos se desvanecieron y sólo entonces Alemena se vio libre de su fardo. Ahora: no conozco entre los tipos legendarios mejor personificación de la fuerza del progreso que Hércules. ¿Quién le dio fama y renombre sempiternos, sino que peregrinando por el mundo libertaba á los pueblos de la tiranía, del error, de los peligros y angustias, poniendo á muerte los bandidos, los monstruos, las serpientes venenosas y alimañas malélicas? Deshizo las harpías estinfáldas, la hidra de Lerna, el león de Nemea, el jabalí de Erimanto, á Caco, á Anteo, á Busiris, á los centauros, domó el toro de Creta, venció á las amazonas, limpió los establos de Augias, mató á Gerión, arrebató las pomar de oro del jardín de las Hespérides, encadenó á Cerbero y separó á Calpe y Abila, llamados después las columnas de Hércules, en Gibraltar, personificaciones todas de las fuerzas naturales y sociales que combaten el bienestar del hombre.

lona, se le ocurra—con sus tijeras recién amoladas—cortarnos el hilo de la vida y tengamos que ir á pagarle á Carón la moneda de su barca (9), hagámonos sin reserva partidarios del progreso; ó de lo contrario, mientras imaginamos largos sermones sobre el tema *De contemptu mundi et fuga seculi*, tanto ayunaremos que demos tiempo á las arañas de tejer sus telas en nuestras dentaduras, al musgo de crecer en nuestros gaznates y al mohó de invadir nuestros cerebros atrofiados. Temer en toda hora y circunstancia es, hermanos, indicio de cobarde corazón; de nada tengamos tanto miedo como del miedo, pues que nada noble se ha hecho sin riesgo, y pues que la prudencia y la circunspección son enemigos mortales de las altas acciones. Estando el navío al ancla, cuando la necesidad aprieta, hay que cortar los cables, antes que perder el tiempo en saltarlos ó en retirar las áncoras. Así, hermanos, como Alejandro sobre Bucéfalo, en las llanuras de Tesalia, es necesario que marchemos de frente al sol (10), ó de lo contrario nos derribarán las sombras de la ignorancia, la razón nos dejará del gobernalle de su libre arbitrio y buen sentido, y—sobre todo—jamás nos curaremos

(9) Las Parcas, que torcían el hilo de la vida de cada hombre, eran tres: Cloto, que presidía al nacimiento y tenía el huso, Laquesís, que hilaba los días y los acontecimientos humanos, y Atropos, la mayor de las tres hermanas, que cortaba con sus tijeras el curso de la existencia. En la boca de los cadáveres ponían los antiguos un óbolo, precio que habían de pagar al *psereo* Carón, para que trasladase su sombra de uno á otro lado del río Aquerón, afluente de la laguna Estigia.

(10) Un tesalio llevó á Filipo un día un potro por el cual pedía trece talentos (como \$ 14.000), y como del ensayarlo en el llano resultase tan fogoso ó inmanejable que nadie lo podía cabalgar ni casi acercarsele, se resolvía Fi-

del mal de S. Francisco (la pobreza). Asimismo, como Aníbal recibió de su padre Anícar, por solemne y religiosa adjuración, mandato de hacer guerra á los romanos mientras viviese, prometamos nosotros hacerla sin tregua á las preocupaciones, á la pereza y al vicio; ó ya que no creamos que las armas bien templadas no deben dejarse en la vaina, sino arrostrar con ellas el choque de la batalla, y ya que no descendamos en ayuda de los que combaten, permanezcamos al menos sobre la montaña, los brazos en cruz, orando por el triunfo, como el caballeresco, si no valiente, capitán Moisés, cuando los suyos se peleaban con Moab. Y si la Magistratura ó los hombres de corazón—con feliz audacia, digna de que la corone el buen éxito—toman la iniciativa de las obras redentoras, tengámonos siquiera las riendas á la suspicacia, engendradora de tedio y desaliento. Y en fin, hermanos, permitidme que—refiriéndome á cierto asunto—conceda en vuestro nombre que á andar á pie y por trocha es preferible ir por lo escampado,

lipo á rehoser la compra, cuando Alejandro, que sólo tenía quince años, dijo: "Lo pierden por no saber manejarlo".—"Pues, mótalo tú", le dijo su padre, chocado de su aparente presunción. Alejandro se acerca efectivamente al indómito bruto, lo acaricia con la mano y con la voz, lo vuelve de frente al sol, pues había observado que lo que asustaba al caballo eran los movimientos de su propia sombra, monta en él rápida y ágilmente, le tiene primero la rienda y lo lanza luego á escape al través de la llanura, con admiración de todos. Sabido es que después fue su corcel de guerra favorito, pues no se dejaba cabalgar por otro que por Alejandro y aun diz que plegaba las rodillas cuando éste se acercaba á montarlo. Murió en la batalla contra Persa, y Alejandro fundó sobre el Hidaspes una ciudad con el nombre de Bucéfalia, para perpetuar el recuerdo de su caballo. *Bucéfalo* vale tanto como *cabeza de buey*, pues se dice que semejante la tenía tal caballo, así como el de César era de cascos partidos, como res vacuua.

aunque sea en burro; que á esto supera trahiar en coche; y que hay ciertas razones—aunque ocultas y recónditas—para permitir que en determinados casos, si no en todos, esos coches sean tirados por un novísimo elemento que llaman vapor y por sobre ciertas tiras de hierro que llaman rieles". (11)

Max, volviendo á mi disertación, ¡quién negará que en la evolución del concepto sobre el objetivo de la vida ya no todos crean que la virtud consista en domar ásperamente las inclinaciones naturales del cuerpo, los afectos del corazón y las aspiraciones de la inteligencia! Las palabras *placer, goce, felicidad, deleite*, empiezan á perder el significado diabólico que uniformemente se les atribuía. No son pocos los que reflexionan que el hombre no tiene culpa en sentir las pasiones y las necesidades y que no es responsable de la conducta que observa cuando ellas lo agitan, siempre que con sus acciones no cause daño á los demás ó á sí mismo. Si la naturaleza al tejer para el hombre su tela de amistad entre, lazó en toda la trama algunos rojos hilos de amor y de deseo, ¿por qué desgarrar toda la urdiembre para arrancarlos! Por qué algunos se empeñan en honrar á la tristeza con favor particular, vistiendo con su ropaje á la virtud y á la sabiduría, necio y villano ornamento? Decidnos, oh! vosotros, agelastas, (12) más silenciosos y taciturnos que pitagóricos; estoicos austeros, cuyas manos frías y corazones helados pueden—por el razonamiento—vencer ó enmascarar el

(11) Calumniado, al par de otros, por los adversarios del ferrocarril de Puerto-Berrio, á falta de buenas razones contra la empresa, me ha sido imposible resistir á la tentación de tomar de ellos la *petite vengeance que voilà*.

(12) Agelastas, voz griega: "que no ríen".

impulso de las pasiones; no tendréis benevolencia para los incapaces de reprimir los movimientos que son propios de la humanidad? Quién os dio derecho para despojar y empobrecer en los demás la naturaleza humana? Se hicieron ellos como soy, por ventura! Si en vez de resistir y encabritar sus instintos, se deslizan simplemente á gobernarlos como deben ¿no podrán poner su confianza en la misericordia de quien los dotó con sentidos, como galardón de la vida y compensación del dolor, no como asechanzas de caída y condenación eterna? Cómo pensar que Él se goza en nuestras lágrimas y que castiga nuestras licias con implacable venganza? Esta contextura natural nuestra mira, además, para su uso, no solamente á nosotros, sino también al servicio de los demás hombres, y es injusticia enloquecerla y atormentarla por capricho, tanto como mataraos sea cual fuere el pretexto; y parece gran cobardía y traición corromper las funciones del cuerpo, estúpidas y serviles, para ahorrarle al alma el trabajo de conducir las según razón. Pensad que el arquero marca el blanco si lo sobrepuja, tanto como si no lo alcanza, y que los ojos se deslumbran mirando hacia una gran luz tanto como se perturban en discriminar la oscuridad. ¿Por qué pintar á la virtud austera, rígida é implacable, y las vías que á ella conducen escabrosas y difíciles! Ah! nó, su rostro no es adusto y terrible, sino alegre y regocijado, ni está ella plantada en la cima de un monte cortado á pico, pedregoso é inaccesible, sino que quienes se le han aproximado la colocan, al contrario, en medio de una hermosa llanura, fértil y florida, sobre un collado de donde ciertamente ve bajo sí hartas cosas, pero á donde puede siempre llegar quien sepa la dirección, por senderos umbríos,

tapizados de musgo y bien olientes, trepando agradablemente por una cuesta fácil y amena como la de la bóveda celeste. La dicha y la beatitud que en ella relucen llenan é iluminan todas sus pertenencias y avenidas, desde la primera entrada á la última barrera. Por no haber conocido esa virtud suprema, triunfante, amorosa, valiente también y deliciosa, enemiga profesa é irreconciliable de acritud, disgusto, temor y contención, que lleva por guía á naturaleza, á fortuna y voluptuosidad por compañeras, han ido esos, en su debilidad y miseria, á fingir esotra imagen, triste, querellosa, desechada, amenazante y mal encarada, para plantarla sobre una roca aparte, en medio de precipicios; fantasma para espantar las gentes!

¡Ah! nó! El precio y excelencia de la verdadera virtud está en la facilidad, utilidad y placer de su ejercicio, tan lejos de ser difícil, que los niños pueden aspirar á él como los hombres, los sencillos como los sutiles, los pobres como los ricos. Regla y medida son sus útiles, nó atropello y violencia. Sócrates, su preferido, abandona de propósito su fuerza, para deslizarse á la ingenuidad de su progreso. Es la madre y nodriza de los placeres humanos; haciéndolos justos, los torna seguros y puros; moderándolos, mantiene despierto su apetito; recortando los que ella nos niega, nos aguza para los que permite, y nos permite todos los que quiere naturaleza, y eso hasta la saciedad, sino hasta el hastío, larga, abundante, maternalmente, siempre que no queramos sostener que sea enemigo de nuestros placeres el régimen que detiene al bebedor antes de la embriaguez, al comedor antes de la hartura é indigestión, y así de lo demás. Si á la virtud le falta la común fortuna,

sabe prescindir de ella ó forjarse otra á su amañó, no tan flotante y tornadiza; sabe ser rica, y poderosa y sabia, y dormir en colchones de pluma; ama la belleza, y la gloria y la salud; pero su oficio propio y particular es saber usar de esos bienes moderadamente, oficio mucho más noble que áspero, sin el cual todo curso de existencia es desnaturalizado, turbulento y deforme, y en el cual, más justamente que en el otro, pueden señalarse escollos, precipicios y simas. (13)

Si pues el concepto de la virtud y el ideal sobre el objeto de la vida y su mejor empleo han evolucionado hasta aquí y evolucionarán más rápidamente todavía en la nueva hégira que se abre á estas sociedades, trepemos sin cesar á mayores alturas de donde descubramos perspectivas más y más vastas; engrandecemos la vida, haciéndola más y más atractiva y amena; acaben la saña y el espíritu perseguidor é intransigente y cesen nuestras querellas como las de los abderitanos al resonar en sus oídos el gran verso de Eurípides; *Oh! amor, rey de los dioses y los hombres!* (14); quebremos los ángulos hirientes, artificiales y monstruosos de nuestro carác.

(13) Este párrafo y la parte final del anterior son desarrollo de ideas de Montaigne, autor cuya lectura quisiera ver generalizada, por lo cual lo cito de propósito, con frecuencia.

(14) De todas las ciudades de Tracia, era Abdera la más sumida en el desborde de las costumbres: venenos, conspiraciones, sediciones, asesinatos, pasquines, violaciones; nadie se atrevía á salir de día, y menos de noche. En vano Demócrito empleaba sucesivamente su elocuencia y su ironía para calmar los horrores del mal, exacerbado á su último punto, hasta que un día se representó en Abdera la *Andrómeda* de Eurípides; encantados quedaron todos los espectadores, pero ningún pasajero sorprendió tanto la imaginación como aquellos acentos de

ter, y sustituyámosles la armonía de esas curvas voluptuosas que nos revelan los más grandiosos fenómenos de la naturaleza: la forma circular del sol que nos alumbra y del astro de la noche en plenilunio; el horizonte que rodea al marino con su línea cerúlea, ó que alcanzamos á distinguir desde los picos de nuestras montañas; los anillos armoniosos que con íntimo placer vemos desarrollarse en el estanque, al rededor del punto donde cayó el guijarro que lanzámos al agua, y que se ensanchan y buyen silenciosos, arrebatando suavemente el pensamiento del centro á la circunferencia movediza, como de la nada á lo infinito; esa dulce curvatura es la que nos seduce en el átomo geométrico y cristalino del mundo inorgánico, cuando se hace globular y entra en el ciclo de la vida; es la que hallamos en las nobles líneas del cerebro humano; es la que el amante

la naturaleza puestos por el poeta en el patético discurso de Perseo

¡Oh Amor, rey de los dioses y los hombres! etc.

Ese pasaje fue asunto de todas las conversaciones del día siguiente: en cada casa, en cada calle no se oía sino repetir: *Oh amor, rey de los dioses y los hombres*. Con la apología y la práctica del amor universal, los boticarios de Abdera cesaron de vender eléboro; los armeros no expendieron más puñales; la amistad, la benevolencia y la virtud reinaron por doquiera; los enemigos más irreconciliables se dieron el ósculo de paz; renació el siglo de oro y derramó sus beneficios sobre Abdera; sus habitantes tocaban aires tiernos en el caramillo, y las hermosas abandonaron las túnicas de púrpura y se sentaban modesta y tranquilamente sobre el césped para escuchar esos suaves acentos. Sólo el poder de un dios cuyo imperio se extiende por cielos y tierra y hasta el fondo de los mares, pudo obrar —dice Luciano— tan alto prodigio. Mas el cuidado que siglos después, en una ciudad perdida en las selvas de Sur-América, pronunció el mismo verso, convidando con él á la paz, á la tolerancia, á la concordia, corrió riesgo por voto de caballeros particulares de que se le aplicase una pedrea ó acaso un auto de fe. Lo que va de Pedro á Pedro.

contempla en los ojos de la amada y la que acaricia en las blandas redondeces de su talle y de su seno. (15) La cálida onda de una sangre más joven y más rica levante, pues, nuestros corazones, y en medio de su expansión desaparezcan anovadas la fealdad moral y la desgracia, como arrebatada las disonancias la impetuosa corriente de una sinfonía; no nos alegre el mal ajeno ni nos contriste su ventura; lloremos con el que llora, no maldigamos á los que gozan y rien, sino refléjense en nuestra alma benévola y serena la luz de su alegría ó las sombras de su infortunio. Fundemos, por impulso simultáneo, el reinado de la solidaridad y de la concordia; establezcamos la tolerancia y aumentemos la sociabilidad á expensas de la misantropía; no pongamos hiel en el fondo de la copa que ofrecemos, y bástenos para hacernos amable y digno de estimación á un hombre, la pureza del corazón, la rectitud de la conciencia, las palabras sin mancilla y la jovialidad de su genio.

Para realizar estos propósitos, pidámosle, señores, inspiraciones á la música, la flor más brillante del árbol de la vida; préstele ella su gran voz al alma humana, su voz, tanto más conmovedora cuanto más vaga, flotante é infinita como el espacio; dejemos con frecuencia correr insensibles y rápidas las horas, elevados y trasportados por placeres puros y sin remordimiento, como los que ella da; de la obra de fraternidad que soñamos para el porvenir, dénos ella como un gusto anticipado, pues ella es el arte popular y democrático por excelencia: la admiración de lo bello en la literatura y en las artes plásticas será siempre culto exclusivo de una minoría privilegiada, mientras que la música es el goce de las multi-

[15] Imagen tomada de Laugel, *Estética de las ciencias*.

tudes; ella pone al alcance hasta de los más ínfimos emociones generosas y nobles que hacen pensar, que abren horizontes de paz, que distienden los nervios crispados por la lucha y la fatiga diarias, que aplican suave bálsamo sobre los corazones martirizados y que crean una religión común entre los hombres.

Y vosotros, superiores y alumnos de la Escuela de Santa Cecilia, dignos de un supremo homenaje como iniciadores espontáneos y continuadores obstinados de la mejor parte en la obra soñada; á vosotros toca seguir abriendo la marcha hasta completar la formación del hombre nuevo. Como Mercurio al guardián de los cien ojos (16) adormeced con vuestras melodías los instintos antisociales que nos restan; y del ritmo cristalino de vuestros violines alados; de los arcos luminosos y vibrantes que suben y descienden bajo vuestras manos nerviosas; del teclado de vuestros pianos abiertos, que brilla cual los albos dientes de una hermosa al través de su sonrisa; de los labios de vuestras flautas, despréndase en espirales cadenciosas la sinfonía de vuestra orquesta, y suban por ellas nuestras almas hasta aproximarse y confundirse en una nueva comunión espiritual de amor y de justicia!—He dicho.

[16] Io, hija del río Inaco, fue trocada por Júpiter en novilla, para disimular ante su esposa Juno la traición ó infidelidad cometida con aquella ninfa por el padre de los dioses. Juno puso á la novilla bajo la guarda de Argos, hombre de cien ojos, de los cuales sólo dos dormían á la vez, mientras los demás velaban. Júpiter envía á Mercurio, para que ponga en libertad á Io, lo cual logra matando á Argos después de adormecerlo por completo con los aires de su flauta y con el relato de la reciente invención de ese instrumento, por ingenio de Pan, enamorado de Syrinx. Juno recogió los ojos de Argos y decoró con ellos la cola del pavo real, ave que en todo tiempo le había estado consagrada.

RÉPLICA

AL DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

DR. RAFAEL URIBE U.

EN EL CONCIERTO PÚBLICO

DE LA

ESCUELA DE SANTA CECILIA

1892

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESFUERZO"

RÉPLICA

AL DISCURSO PRONUNCIADO

FOR EL

DR. RAFAEL URIBE U.

EN EL CONCIERTO PÚBLICO

DE LA

ESCUELA DE SANTA CECILIA

Una mente agitata non ragiona
più: avvolta fra un turbine irresistibile
d'idee esagerate, si forma una
logica sciocca, furibonda, maligna:
è in uno stato assolutamente anti-
losofico, anticristiano.

SILVIO PELLICO.

MEDELLIN--1892

IMPRESA DE "EL ESFUERZO"

REPLICA

AL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. RAFAEL URIBE U., EN EL
CONCIERTO PÚBLICO DE LA ESCUELA DE SANTA CECILIA.

Una mente agitata non ragiona più:
avvolta fra un turbine irresistibile d' idee
esagerate, si forma una logica sciocca,
furibonda, maligna: è in uno stato asso-
lutamente antilafasolico, antieristiano.

SILVIO PELLICO.

Medellín, Diciembre 22 de 1892.

Señor Dr. Rafael Uribe U.

Considerado Señor:

Oí el discurso que U. pronunció en la Escuela de Música de Santa Cecilia en la noche del 27 del mes último y luego lo he leído cuidadosamente. La impresión, casi unánime, de profundo desagrado que hirió al público que á U. escuchaba aquella noche, fue también mía, y se ha hecho más punzante con la lectura del folleto que fue á pedir asilo á las prensas de *El Espectador*.

Soy cristiano, hago parte de una sociedad esencialmente católica y soy jefe de una familia honrada; por esto, y nada más, salgo en defensa de mis creencias atacadas y que U. ha intentado ridiculizar; de la sociedad, para cuya reforma ha propuesto medicinas que matan y caminos que extravían; de la familia, á

al cual ha puesto minas que si estallan, la derrumban.

Para que U. empiece por ver que no soy uno de esos malos corazones á quienes U. tanto teme, y con razón, comienzo por hacer una declaración franca y sincera: conozco á U. bastante, y opino que en la exposición de las doctrinas que U. cree morales, procede de buena fe, y estima que ellas son los mejores medios de perfeccionamiento social; y tanto es así que las cree, que U. las practica, y que ellas han venido á ser su segunda, pero quizá predominante naturaleza. En este predominio fundo la única tacha que pongo á la sinceridad de su doctrina, y es por que él lo ha llevado á una efectiva y morbosa monomanía propagandista, á un fanatismo de sectario apenas concebible: si U. oficina de literato no se le alcanza á ver más que un Diccionario de carácter didáctico, en el que desenellan los desahogos y errores del paladín político y religioso; si de abogado, se pierde el hombre de la ley y sólo aparece el propagandista impenitente; habla para conmemorar glorias de la Patria, comunes á todos los partidos, y no se oyen más que amonestaciones de bandería; se le llama á disertar sobre música, y en medio de acordes deliciosos se levanta el eterno predicador....

Por lo mismo que le confieso esta buena fe, y por propósitos de conciencia y costumbres sociales que deseo observar, seré con U., Dr. Uribe, muy cortés y respetuoso.

Además, como el objeto de esta mi epístola es puramente moral, no tocaré otra cosa que la parte moral de su discurso, tolerándole con mucho gusto la prosopopeya que gastó al entrar al escenario, la familiaridad con que trató al respetable público, los chistes malos ó buenos, originales ó copiados, escritos ó improvisados con que quiso alinear su elocuencia, y hasta le tolero el prurito de prodigar las alusiones mitológicas

abandonadas hoy, en los terrenos de la literatura, por allá en las capas de los fósiles. (1)

Pero como el discurso de U. contiene tantos errores en asuntos de sana moral, que para contestarlos todos menester sería una larga obra, como que U. ha recogido casi por completo los de las escuelas modernas, me limitaré á señalar aquellos que más íntimamente atacan nuestro modo religioso de vivir, batiéndolos uno á uno ó en pequeñas guerrillas, como U. diría.

También es cierto que la larga exposición doctrinal de U. no puede hacer daño sino aisladamente, porque tomada así, como un cuerpo de doctrina, jamás podrá popularizarse: su criterio moral se ha formado de doctrinas opuestas, de creencias heterogéneas, de religiones diversas, de sensaciones y sentimientos personalísimos que á su cerebro han llegado por medios pasionales, en las luchas del sectario y en las contradicciones del hombre de partido. Su sistema moral, Dr. Uribe, si es que puede llamarse sistema lo que no obedece á principios y deducciones de lógica ninguna, es bueno para comprendido y practicado por U., pero es una rueda demasiado grande y complicada para que con ella comulge el pueblo. El único peligro es que nuestros partidos tomen de su credo tal ó cual despropósito que les agrade.

Repito á U. que en esta disertación procederé con lealtad y cristianamente; le diré la verdad pero sin reticencias; le mostraré el error con galantería, pero con franqueza: así tiene que ser, como que no quiero asumir papel de crítico sino para los fines mundanos que atrás dije, y como cristiano viejo, *ad maiorem Dei gloriam*.

(1) El Discurso está casi todo compuesto del artículo de Larousse sobre la música, de párrafos de Montaigne, y es fruto de lectura mal aprovechada de algunos clásicos griegos y latinos así como de la mitología, cuyos pasajes se citan erróneamente.

II.

Lo primero que llama la atención en su discurso es la gran cruzada que en él se organiza á favor de la tolerancia. Gran virtud es ésta, y aun creo que en teoría estamos de acuerdo respecto á ella, si es que se pueden aunar sus propósitos de "hacer guerra sin tregua" á las preocupaciones, á la pereza y al vicio" con el deseo que luego manifiesta de que "acaben la saña y el espíritu perseguidor é intransigente" para proclamar el gran verso de Eurípides; *¡ Oh amor, rey de los dioses y los hombres!*

Sí, señor; creemos los cristianos que todo cuanto no sea vicio y error debe tolerarse y compadecerse; pero, eso sí, que á éstos ha de hacerse guerra cruda y sin tregua, y que es obligación nuestra, como discípulos de Cristo, cruzar el rostro al error donde quiera que se alee, no procediendo al hacer aquello con fanatismos ni monomanías, sino con prudencia y oportunidad.

Pero U. no practica su principio; porque es el sumo de la intolerancia aprovecharse de su momentánea y material elevación sobre el público para atacar verdades que ese público respeta y tiene recibidas como dogmas, v. gr., la autenticidad de la narración bíblica, y la existencia de aquel "pobre personaje" de quien Dios guarde á U.; predicar una virtud de senos desnudos y de provocaciones á la lascivia, á señoras y señoritas que de mentársela se ruborizan y cuya fama continental se funda en el recato y en la austeridad y parezca de sus costumbres; abusar de una sociedad que concurre á una función nada más que porque en ella se colectan fondos para levantar un templo donde se ha de venerar á Cristo y de aprender su doctrina, para luego escarnecer á ese Cristo y mofarse de sus predicciones y de los que mejor le han servido. Y U., el Apóstol de la tolerancia, que así la practica-respecto á verdades en que los cristianos ni la queremos ni la practicamos-lleva la pluma todavía fresca del veneno en que la mojó para derramarla sobre un pobre ex-

tranjero, y llama á la mayoría de los antioqueños suspicaz y calumniadora—en el mismo discurso—porque no se ha podido convencer de que esté bien hecho un contrato de Ferrocarril, asunto puramente opinable.

A los proclamadores de la tolerancia acontece frecuentemente lo mismo que á los voceros de la libertad: la proclaman más alto cuando más necesidad tienen de violarla; su peroración, Dr. Uribe, prueba mi aserto.

Por la naturaleza de la reunión que á U. escuchaba, por el fin del Concierto celebrado, por la índole dulce de esa fiesta, violó las mas triviales reglas de la oportunidad—esa piedra de toque del talento—al hacer alarde de ideas anticristianas y al llevar á semejante campo una discusión económica. Pero Dr., si se me llama á tratar de Ferrocarril y me espacio en una apología ortodoxa y mística ¿qué diría U.? O si le cuentan que un inglés católico se deshizo en dieterios contra el protestantismo cuando se trataba de conseguir dinero para erigir un templo de esta religión ¿qué opinarían U. y su secta? Dirá U. que para qué lo llamaban, conociendo su manía sectaria ¡sí, señor, yo me pregunto lo mismo! para qué lo llamaban á U. Pero ya que lo eligieron, U. porqué aceptó, no siendo ya niño de andadores ni mozo de tutor?

Su puesto puede estar en un Club democrático, en un Directorio liberal, en la mesa del abogado, en el bufete del financista, en la mula del hacendado, pero jamás en la tribuna desde donde se habla á un público cristiano, ni en el seno de una Sociedad que se reúne bajo la advocación y el patrocinio de una Santa con que se honra la Iglesia de Jesucristo.

El Dante, á quien tanto parece admirar U., le en sea mejor que yo esta lección de oportunidad en aquel proverbio italiano que trae la Divina Comedia: *En la Iglesia con los santos y en la taberna con los borrachos.*

Quedamos así en que fue error mayúsculo de oportunidad el haber U. contribuido de ese modo al adelanto de la Catedral, tomándola como puro ornamento de la ciudad, contribución que sea dicho de paso—ni mendigaron ni habían menester de U. ni Cristo ni su Iglesia.

Pase la pueril observación de Larousse, que U. prohija, de que el catolicismo, á pesar de sus sectarios que son *ueros* y orgullosos, adoptó para muchos de sus cantos melopeas paganas; tanto valdría acusar á Fray Angélico porque usó del pincel como Apeles el gentil, ó á la música desenvuelta de teatros y salones porque se desarrolló en escuelas y por medio de procedimientos de que la Iglesia fue madre ó iniciadora, como U. nos cuenta en su reseña histórica; mejor pudieran aplicarse aquellos *suaves* calificativos á los que se prevalecen de festividades religiosas y se escudan bajo el nombre de una Santa para desplegar sus ideales anticristianos y disociadores. Pero, eso sí, quede constancia de que su reseña demuestra que el Papado tiene no pequeña parte en el progreso de la música; respecto á la *novedad* de nuestra doctrina, sabemos los cristianos que tiene orígenes anteriores á todo arte y un poco más antiguos que las estupendas filosofías de U., señor Doctor.

Una de estas antigüedades de U. es el siguiente rasgo de la doctrina de Hobbes: "...felizmente para la más rápida evolución de la humanidad, la guerra ha existido en todo tiempo" (*homo homini lupus*). Lo que no sé es cómo se pone de acuerdo este principio con aquellas alabanzas á la música porque "serena el impulso de las pasiones feroces ó groseras" con su deseo de que acaben la saña y el espíritu perseguidor é intransigente (!) y cesen muestras querellas....", con el peleado verso de Eurípides, y con aquel otro su decir de que la música "abre horizontes de paz." Porque si U. quiere esto último, claro está que no desea las evoluciones que la guerra trae consigo, lo que no es cier-

to, porque U. está ahora tan dado á evoluciones, que firmemente se cree ser la evolución de un mono.

Si yo fuera á contestarle sus préstamos á Draper sobre la *leyenda bíblica*, tendría que repetirle—y no es posible—las demostraciones con que Moigno, Bougaud, Mir, Cámara, Duilhé y muchos sabios más, han abrumado á los que niegan la cosmogonía mosaica. Por ahora, quédese U. invocando al dios Marte cuando trate de asaltar trucheras, á Apolo cuando hable de música, á Minerva, en su bufete, á Ceres en Gualanday, y déjenos á los Macabeos, á Josué con Jericó y al capitán Moisés, quien, con no creerlo U. muy valiente, sacó á su pueblo de la opresión y lo hizo libre.

Entro con U. en la parte principal de su discurso, que, según opinión suya, "hubiera debido ser objeto exclusivo de su fondo, es á saber: consideración de la existencia y feliz desarrollo de la Escuela como parte de una serie de fenómenos pertenecientes á la innegable transformación social que viene cumpliéndose entre nosotros, y en la cual esa misma Escuela ha sido y es eficaz factor." Me separo de su opinión para asegurarle que, por lo mucho que ya le he dicho y por lo más que pronto le diré, no debió U. tocar tal parte, sino evitar el *menalla*.

Luégo afirma U. que se verifica otra evolución del concepto de la vida y de la virtud; enumera hechos que U. califica de notables, pero que aislados parecen contrariar su concepto, para en seguida razonar sobre que la vida feliz y la verdadera virtud consisten en comer bien, ser rico, no ayunar, ser bailarín, no creer en el Diablo, amar el desnudo en la pintura y desprósitos del tamaño.

Antes de que se los analice, dígame Dr.: dónde ha vivido U. en los últimos siete años? ¿Con quién habla U., qué ve, qué observa para creer asistir á semejante transformación, y para llamar aislados esos hechos?

Porque se necesita ser ciego y sordo, así en los sen-

tidos como en la voluntad, para afirmar que se va perdiendo entre nosotros el concepto cristiano de la vida y de la virtud, y que lo que se observa en favor de ésta son hechos aislados. Jamás se verá transformación más sistemática y uniforme que la emprendida por los los Gobiernos civiles y eclesiásticos en la nueva era política ni una correspondencia más numerosa y espontánea que la del pueblo colombiano á esa transformación, con actos y con palabras: el principio de autoridad se ha restablecido hasta el mayor grado que permite un país republicano; las dos potestades, temporal y espiritual, se dan la mano en la dirección del pueblo, y obligan á seguir á los rezagados é indómitos; los calumniados Jesuitas, las despreciadas Hermanas de la Caridad y cien más comunidades religiosas dirigen el corazón de la juventud por la temida vía ascética; se levantan templos al Cristo del dolor y de la pobreza y de la mortificación, en ellos se celebran fiestas de pompa inusitada, y se atestan de fieles que ayunan y se confiesan y hacen penitencia; allí son oídos con entusiasmo—sin que nadie aplauda por que van á terminar ni se levanten conatos de silva—los oradores sagrados que predicán virtud austera y recogida; por donde quiera se fundan hospitales y sociedades de beneficencia, donde la diestra humilde—enemiga de los aplausos tontos—si oculta la que dá; nunca se vió, como ahora, á la más brillante juventud desafiar gallardamente el respeto humano para correr á los Ejercicios espirituales y después de muchos días de oración y meditación, prosternar á los pies de un humilde Ministro del Señor la frente activa que no se dobla al látigo de ningún tirano, y recibir públicamente á Cristo-Hostia, á fin de fortalecer el corazón y el brazo, para luchar—venciendo—con los audaces innovadores. De los hogares acomodados salen diariamente hermosas doncellas á rendirse únicamente al Divino Esposo, y jóvenes de las mejores familias colombianas visten con frecuencia la escarnecida y humilde sotana del Jesuita

para salir á campañas en que el heroísmo es una costumbre, y el sacrificio de todo lo más caro es dulce regocijo. Solamente los que no poseen sino el valor bravo de la fiera, dejan de comprender el mérito y los servicios de estos valientes luchadores anónimos.

Un abogado, especialista en el ramo criminal, como es U., que nota “cómo en la legislación penal el progreso se haya hecho sentir, disminuyendo el número de acciones castigadas y suavizando la escala proporcional de las penas”, y esto *entre nosotros*, como U. dice al empezar la parte principal del discurso, ese abogado, digo, no ha vuelto á leer Códigos penales desde que regía la difunta Constitución de 63. Sepa U. que el número de acciones punibles se ha aumentado considerablemente con los “delitos contra la Religión y el Culto”, cuya comisión ha llevado á prisiones á varios ciudadanos y debiera llevar á otros más; con los delitos de obscenidad y abuso de la libertad de imprenta, etc. etc., la escala penal ha aumentado tan considerablemente que doy á U. la noticia de que “entre nosotros” existe la pena de muerte, y los sacramentales diez años de pena corporal, hoy se han aumentado á veinticinco. Ya ve U., Doctor; y le aseguro que en Moral, materia que es á U. más extraña que el Derecho penal, son mayores los despropósitos que ha afirmado, y más erradas las observaciones que ha hecho.

Por último, mire que traer como prueba de evolución contra el verdadero concepto de la vida y de la virtud, el establecimiento de la Escuela de Música, es una observación microscópica hecha por un ciego, de noche, y con anteojos negros. La Escuela se fundó en la época esta de la virtud fugitiva, de la tolerancia exagerada, de la suavización de las penas, y vive por obra y gracia del Gobierno y de los Legisladores, que empiezan sus funciones por una confesión con penitencia y todo, y tienen hijas é hijos que han abandonado el hogar en busca del “ideal ascético, antisocial é inhumano”. En fin, U. olvidó que la misma Escuela se puso bajo la

protección de una gran mística, austera penitente, ayudadora formidable, que dió con el pié á las riquezas y goees mundanales, y no vió que cada año, el mismo día del Concierto, la Escuela hace fiesta cristiana á la Santa para pedirle protección y luz, fiesta en que se ve á los Superiores y alumnos de la Escuela orando contritos y fervorosos.

Señor Doctor, Señor Doctor! apenas es creíble que de tal modo le tape ojos é inteligencia su preocupación sectaria. Escrito estaba: "Tienen ojos y no ven; oídos y no oyen....."

Ahora, examinemos esos hechos que según su opinión personalísima, desvirtúan ó constituyen el verdadero concepto de la vida y de la virtud.

Condena U. el ideal ascético, y lo condena como antisocial é inhumano, porque á su influjo "contemplamos el infortunio de los hogares, abandonados por algunos de sus miembros". Las Hermanas de la Caridad, Señor Doctor, realizan santamente la loca ambición del Barón de Batz, corifeo de su amada Revolución francesa, de una República universal; colocándose en el punto opuesto de lo antisocial é inhumano, ellas son miembros de todas las naciones, aman á todos, y en cualquier desgraciado ven un hermano; hacen el bien lo mismo aquí que en la China, y les es forzoso, pero dulce, asistir á los hospitales y á los campos de batalla, á curar heridos de cuerpo y alma, por que las Señoritas que practican su virtud, Doctor, exenta de egoísmo, no tienen tiempo sino para asistir á teatros y á bailes ó cuando nó, para cuidar los muchos hijos que á Dios place dar á esta nuestra prolífica raza. Dos antioqueñas, Hermanas de la Caridad, acaban de irse, por espontánea petición, al Lazareto de Agua de Dios; allí, mientras las *virtuosas* se llenan de mirñaques, ellas las antisociales é inhumanas, van á consumir una vida anónima en oscuro sacrificio, para aliviar á los infelices que la *sociedad humana* expulsa de su seno; vivirán en agonía lenta: á cada pedazo de carne que cae del

cuerpo de su hermano, sentirán el escozor de la propia carne que caerá también; y luego la entregarán, libra á libra, allí mismo, para que la sociedad viva tranquila, y por amor á Cristo y á los hombres. U., Doctor, que tiene corazón generoso, cree esto más digno de censura y menos de enojo que andarse por teatros y salones, con las carnes desnudas y excitando liviandades? Cree U. que se necesita menos valor y menos amor á la humanidad, á un ideal grande y noble, para morir así, con premeditación y lentitud, que para morir al pié de una trinchera—con la sangre enardecida y loca por el fragor del combate y los aires marciales de las bandas—donde por lo menos aguardan al soldado las ambicionadas coronas de la victoria y el apetecido vocero de la fama!

Habla U., Dr. Uribe, de que—"ya no se consideran como absolutamente inconvenientes el odio á la servidumbre, el valor personal, el cuidado de la reputación y de la honra, ni aun el pundonor, la vergüenza, el decoro, el amor propio y el deseo de la gloria, sentimientos que mantienen en pié al hombre y lo impulsan á la acción vehemente." Jamás el cristianismo ha envilecido la criatura humana, sino que, antes bien, vino á regenerarla levantándola de la postración lamentable en que yacía. Sólo que en los tiempos medios se tuvo una idea absurda del honor y ciertas escuelas modernas han querido, so capa de defender la libertad y la dignidad del hombre, destruir el orden y exaltar indebidamente las pasiones.

El sentimiento del honor, dice Menéndez Pelayo, sólo en muy pocas y selectas almas se ha presentado libre de impurezas y escorias mundanas, y por lo general, al ponerse en contacto con la realidad exterior y entrar como elemento en las luchas de la vida, se ha torcido á los vicios afines combinándose en diversas proporciones con la soberbia, con el espíritu vindicativo, y con un sinnúmero de vestigios bárbaros, derivados de diversos paganismos, ya septentrionales ya

meridionales.

Es tan flaca la condición humana que fácilmente se trueca la estimación propia en desestimación ajena, y la conciencia de la dignidad personal en soberbia iracunda, cuando el honor, que al fin y al cabo no es virtud ni vicio sino un instinto regulable por leyes éticas de un orden más alto, y que así puede arrastrar á la heroicidad como al erimen, tropieza con otros honores contrapuestos, ó con la ley escrita, y surge de aquí el conflicto moral.

En la esfera más pura é ideal, semejantes conflictos son imposibles, y así como un deber no riñe jamás con otro deber, así el honor, en distinta é inferior categoría, no riñe con otro honor; pues quien se estima á sí propio por lo excelso y magnífico de la naturaleza humana que hay en él, ha de amar y respetar forzosamente la misma naturaleza en otro, absteniéndose de contristar y atribular, ni de hecho ni de palabra, á un espíritu inmortal como el suyo, creado por Dios á su imagen y regenerado por el beneficio de Jesucristo. Pienso yo que de tal manera entenderían el honor los Godofredos, los San Luis, los San Fernandos y todos los que, viviendo entre la sangre, no contaminaron las alas de su alma con ella. (2)

Continúa U. Dr. y dice—"que por experiencia se ha visto que sobre la humildad, la paciencia, la mansedumbre y la modestia no puede asentarse un cuerpo social digno de tal nombre"; y exclama luego con Eurípides: *¡Oh amor rey de los dioses y los hombres!*, para que con este conjuro pagano "las hermosas abandonen sus túnicas de púrpura y se sienten modesta y tranquilamente sobre el césped á escuchar los suaves acentos del caramillo!"

Oh! Dr., cuán lastimosamente desbarra U. ! Con que

(2) Menéndez Pelayo. Prólogo á la magnífica monografía *El sentimiento del honor en el Teatro de Calderón*, obra de D. Antonio Rubió y Lluch.

después de XIX siglos de haber escuchado el mundo aquella moral sublime que venía á salvar las sociedades que se extinguían en los vicios más infames; que venía á hacer luz y luz esplendorosa é inextinguible en medio de las tinieblas en que, merced al orgullo, la concupiscencia y la protervia del paganismo habían caído los pueblos antiguos; que venía á infundir nueva vida á la humanidad decrépita, á sociedades sumidas en el fango con todos los horrores y miserias que nos pintan los sombríos relatos de Tácito, Suetonio y Juvenal; que vió desmoronarse á su impulso suave pero avasallador los tronos de aquellos "trozos de lodo amasados con sangre"; que encontró á millares mártires ilustres que regaron con su sangre generosa las arenas del Circo; que devolvió la libertad á los esclavos; que estableció vínculos de amor entre los poderosos y los desvalidos; que levantó la mujer á la dignidad de su excelsa naturaleza; que reveló las ideas de caridad que unen y engrandecen las agrupaciones humanas, que levanta al humilde y abate al soberbio; con que después de todo esto, se escarnece hoy á Cristo y se predicán como símbolo de paz, de tolerancia, de perfección y de concordia los versos de un poeta pagano!

Ah! Dr. Uribe, abominar á Cristo y á sus enseñanzas para resucitar, en medio de una reunión católica en su mayor parte de vírgenes cristianas, congregadas en la fiesta de una Santa de la Iglesia, la poesía de un vate licencioso á quien sociedades profundamente corrompidas—pero menos tolerantes que la nuestra—abandonaban por impío en los teatros de la antigua Grecia!

Preferir Eurípides á Cristo! Eurípides que tornó el arte en pernicioso seducción, que—descorriendo el velo del pudor—trazó pinturas demasiado vivas que perturbaban la imaginación y enardecen el sentido, que revistió de colores encantadores y graciosos todo lo que hay de más vil y vergonzoso en la humanidad, que enervó las almas y debilitó los caracteres hasta el punto de que los hombres de corazón, indignados con los

discursos impíos y licenciosos que el poeta ponía en boca de sus actores, protestaron con energía en nombre de la moral y de la religión ultrajadas!

Vivimos en una sociedad profundamente creyente á quien tales profanaciones heréticas aterran pero no atraen; y si no fuera porque á título de cristianos deseamos todos que nuestros conciudadanos extraviados vuelvan á la luz de la verdad, yo, como miembro de una causa política y de una religión que U. persigue y ultraja, exclamaría con Fabricio el egregio embajador romano quien, después de oír á Cíneas exponer la doctrina de Epicuro, hasta entonces desconocida en Roma, por toda respuesta dijo: *Oh Dios, haz que Pirro y los Samnitas sigan esta doctrina mientras estén en guerra con nosotros!*

Antes de la evolución aquella que dice U. estamos experimentando, es decir, antes de que se proclamara en la Constitución el principio de que Dios es fuente suprema de toda autoridad; de que se declarara allí mismo que la religión católica es base esencial del orden social; de que se restableciera la enseñanza oficial de las doctrinas de la Iglesia; antes de que muchas Corporaciones públicas de origen popular proclamaran la Soberanía social de Jesucristo, antes de todo ésto la comunidad política que U., Doctor Uribe, parcialmente dirige, proclamaba las doctrinas epicúreas de Bentham. (3) Este autor llegó á desacreditarse tanto, que sería necedad invocarlo: por ello vemos en el discurso de U. que, abandonando el publicista inglés, se remonta á las fuentes de la doctrina censualista y nos

(3) Es bien entendido que este pasaje de mi réplica no comprende á parte notable de la juventud medellinense y á honorables caballeros que aunque de opiniones políticas contrarias á la mía, sintieron profunda repugnancia al esnchar al orador. Creo no equivocarme al asegurar aquí que esa parte distinguida de nuestros antagonistas políticos sigue en esto más bien la escuela del Dr. Samper (Miguel).

cita á Lucrecio (4), el poeta latino del más desolador escepticismo; á Luciano, el Voltaire griego, el satírico de un ateísmo corrosivo y á Eurípides el gran trágico antiguo. La forma seductora de que se valieron estos escritores pudiera quizá obtener mejor éxito que la descarnada prosa del filosofismo moderno; pero, en cuanto al fondo, es inútil resucitar enseñanzas que los Padres de la Iglesia confundieron en su tiempo y para siempre. (5)

Para no hacerme interminable reduciré el análisis que me falta á los siguientes puntos capitales, tocados y retocados por U., con disertaciones y comentarios diversos: Mortificaciones. Idea cristiana sobre la riqueza, las artes y el placer. El Celibato. Caracteres de la virtud. La oración y sus relaciones con la actividad humana y con la vida social. Religiosos de vida contemplativa.

Condena U. el que los cristianos domemos los apetitos de la carne, á fin de que el alma pueda dirigirla mejor. La Iglesia, en esto como en todo, ha sido sabia: la Naturaleza, el naturalismo y el mismo darwinismo, le dan la razón. U. como agricultor, sabe que á los árboles enfermos, y á los sanos para que no enfermen, hay que podarlos; esto aconseja la Iglesia con esto que algunos creen vegetal humano; U., cazador, sabe

(4) Aconsejo al Dr. Uribe, apasionado admirador de *Natura rerum* de Lucrecio, lea la agradable y valiente refutación del Cardenal de Polignac, titulada *Anti-Lucrecio*.

(5) Sorprende ver que un partidario de la escuela "avanzada", de esa que diariamente nos prodiga los calificativos de retrógrados y obscurantistas, prefiera, no ya en el campo religioso sino en el de la simple filosofía, las doctrinas paganas á las de Cristo, á quien el filorofismo niega como Dios pero acepta como el gran filósofo. Y tristeza da, también, que se prefiera, estéticamente hablando, á la teología cristiana, la absurda y confusa mitología antigua, que para representar una idea se eche mano de aquel simbolismo complicado y ya casi abolido en la literatura moderna.

que el galgo muy lleno no persigue la pieza; haciéndolo, conoce mejor que yo, que al potro cerril hay que quebrantarlo, que á las bestias cerriles hay necesidad de quitarles los alimentos fuertes para poderlas servir; y, en fin, que la cabalgadura muy gorda se *apoltrona* y no hace jornada: pues, Señor, U. como sectario de Darwin y Zola, irá comprendiendo por qué la Iglesia quiere recortar las demasías freenutes y las posibles de esta bestia ó mono humano, mortificándolo un poco. La misma ciencia médica prescribe muchas veces la dieta y la abstinencia de ciertas comidas para atacar dolencias mentales ó morales.

Es un hecho comprobado que generalmente la capacidad intelectual humana está en razón inversa de sus aptitudes gastronómicas: los idiotas comen mucho. Cervantes, ese gran lector de la Naturaleza y del corazón humano, pinta á D. Quijote, la encarnación de la intelectualidad y del espiritualismo, como hombre seco de carnes y enjuto de rostro; en tanto que Sancho, genuino representante de la bestia humana, con sus apetitos glotonos y carnales, es hombre gordo y comilón como un cerdo. Santo Tomás, Pope, Mozart, y cien genios verdaderos podrían darme sus nombres para establecer que el talento es casi siempre enemigo de la grasa animal.

U. mismo, Dr., sabrá decirme si se siente más apto para escribir y razonar después de una comilona que cuando el cuerpo está liviano y siente que no lo oprime el peso de la última comida; por mí sé decir que no conozco ni he oído nombrar gente de pensamiento que trabaje por la tarde, después de la comida.

El cristianismo no hace más que dirigir y educar bien á este pobre borrico, que diría S. Pedro Claver, y satisfacer estas justas exigencias de la naturaleza. El jamás ha ordenado la mortificación cuando ataca la salud ó atenta contra la vida; pregúntelo al más ignorante Cura de aldea y oirá esta misma verdad. Así es que perdió U. el tiempo al atacar el ayuno porque de-

bilita, porque hace perder el vigor, produce la locura y mata. Si U. ignoraba que esta ha sido siempre la enseñanza católica, mal hizo en condenar lo que no conocía.

U. declara que "el hombre no tiene culpa en sentir las pasiones y las necesidades, y que no es responsable de la conducta que observa cuando ellas lo agitan, SIEMPRE que con sus acciones no cause daño á los demás ó á sí mismo". Si señor, ha dicho U. muy bien, y los católicos decimos otro tanto, porque reconocemos pasiones buenas y necesidades legítimas; su error consiste en creer que la música sola es "reguladora de las costumbres; y que las impresiones que produce amortiguan en los individuos las inclinaciones bajas y sensuales y serena el impulso de las pasiones feroces ó groseras". Son muy pocos los Saúles que se aplacan con la sola música; algo más indómita es esta fiera humana, y no con musiquitas sino con freno recio se le ataja cuando quiere dañar á los demás, ó dañarse á sí misma. Yá se lo tengo demostrado con procedimientos racionales y naturalistas.

Yo sé que es U. partidario vehemente de la penalidad y que quiere que á todo el que delinque se le castigue en proporción de la falta cometida; su vida forense le ha demostrado que las pasiones humanas no se contienen con músicas y dulcedumbres; varias veces lo oyó á U. esta sociedad, con acentos apasionados y hasta coléricos, pedir mucho presidio para los reos; para nadie solicitaba U. que se le tocara una pieza de música, como pena; y vea que en el presidio si se desgasta la vida y se anula el vigor físico. Por qué, pues, proclama en su discurso la inutilidad del sufrimiento para domar las pasiones, y por qué tacha en la Iglesia que para ello aplique prudentemente los medios que U. ha solicitado en grandes dosis?

Ah! Doctor. El tratamiento de las flaquezas humanas por medio de la restricción y de la adversidad, es el único infalible. U. mismo puede responder si fue en

una larga y dolorosa prisión donde se tornó de áspero y despiadado Fouquier Tinville, en caballero comedido y tratable.

Anda U. muy equivocado al pensar que la Iglesia de Cristo proscribe las riquezas y comodidades, así sin distingos. La Santidad de Leon XIII le dirá á U. cómo el papado se preocupa mucho por regularizar el trabajo y hacer que la riqueza pública progrese convenientemente; Lea U. la Encíclica sobre la cuestión obrera, y quedará bien instruido en el particular! Tampoco ignorará que el cristianismo ha sido protector decidido del Arte, en todas sus manifestaciones: su reseña histórica lo demuestra á más y mejor, y si U. sabe lo que es el Museo Vaticano no le quedará duda de que el regulador de la virtud cristiana es también eximio cultivador de lo Bello.

La Iglesia, lo mismo que los filántropos modernos, impugna la riqueza cuando seca el corazón, y cuando ella, en vez de ser la servidora del hombre, se convierte en amo; y con todos los economistas, la anatematiza cuando el avaro la acumula ó el bribón la estafa. También con los economistas la combate cuando satisface un lujo insensato y se disipa en la esterilidad.

Aun con la moral del mundo, la virtud cristiana rechaza el Arte cuando deja de serlo para arrastrarse en la inmundicia y se enloda con la obscenidad! La Estética misma repeló semejantes profanaciones! Al efecto puede U. consultar á Valera, sujeto nada sospechoso en achaques de austeridad.

La pulcritud, el aseo, las reuniones sociales entre los dos sexos, el pascó, nunca han estado rehídos con la virtud como nosotros la entendemos sino—muy al contrario—se recomiendan y aconsejan por todos los Directores de la vida espiritual. Eso sí, cuando todo esto pasa de los límites de la decencia, entonces hay que hacerle guerra constante, por que la naturaleza humana no es, como lo creyó U. en su discurso, mansa

paloma con que pueda jugarse á discreción, y se la pueda provocar, sin *abrasarse* cuando se abraza mucho. Por el honor de mi familia, de la suya, de la de todos los antioqueños, yo pido á Dios que nos deje estos hábitos poco frecuentadores de la vida donde hay mucho atraso y donde se ven aquellas pecas en puntos donde, como decía el de la Zarzuela, “si veo la peca peca”. U. parece conocer el fermento de pasiones que hierven en el corazón humano, aun en el más puro, como que ha dicho alguna vez que á poco que se araña en la superficie del hombre civilizado se encuentra la fiera brutal. Javier de Maistre exclamaba: “Sólo he conocido el alma de un hombre honrado y es una cosa abominable”. Siendo esto así, no hay qué propinar á todo é inconsultamente, el *placer, el goce, la felicidad y el deleite*, no sea que la ferecilla saque las garras, llamada por el desnudo y la desenvoltura, y de los salones se lleve á nuestras tradicionales hijas vírgenes y esposas inmaculadas.

Con todo, no es cierto que “uniformemente se haya atribuido entre nosotros efectos diabólicos” á las mentadas fruiciones terrenas, sino que las hemos querido y tenido—sin que pensemos hacer otra cosa—reglamentadas con prudentes avisos, y con usos benéficos.

Si U., Dr. Uribe, estaba creyendo que nosotros teníamos virtud distinta, tendré que decirle que está U. muy mal informado.

Ahora, si la Iglesia manda la pobreza—nunca el desaseo—en las comunidades religiosas, es—como fundamento racional, sin contar numerosos de otro orden—por que hombres que tengan hacienda para pensar en ella no se dejan mandar ni tienen el corazón suficientemente desprendido, como se necesita para servir á la humanidad en aquella República universal de amor, que antes dije. La duración y la gloria que esas comunidades han alcanzado dicen lo acertado de la tal pobreza.

Esto me lleva á tratar de la “apología inrestringida

del celibato" que ya no dizque que se hace. Pero señor, si jamás se ha hecho ni "entre nosotros" ni en ningún país cristiano tal apología; averigüe U. con nuestros ancianos y le contarán que antes se casaban más que ahora y más temprano; al contrario de lo que U. observa, hoy se retraen muchos del matrimonio porque el lujo, los pocos bailes y teatros que tenemos, y las bellas artes cuestan mucho á los maridos. Por lo demás, la gente formada en la virtud de antaño no ha dejado de fomentar y aconsejar el matrimonio, y de hacer de él muy buena apología; si no fue de su cerebro preocupado nó sé de dónde le salió aquella observación.

Si la Iglesia católica ordena el celibato en los religiosos, es también—sin contar razones de un orden que U. no entiende—por lo mismo que D^a Emilia Pardo Bazán no quería que se casaran los militares españoles: por que se convierten en vegetales de raíces muy hondas, de donde no los arranca nadie á ocupar el puesto del deber.

U. nos pinta la virtud consuetudinaria en Antioquía "de rostro austero y terrible", en tanto que la que ya alborca "lo tiene alegre y regocijado y no está plantada en la cima de un monte cortado á pico, pedregoso é inaccesible sino que quienes se le han aproximado la colocan, al contrario, en medio de una llanura fértil y florida". Precisamente, Dr., esta alegre, regocijada y fácil es la única virtud que se nos ha enseñado á los cristianos viejos, sólo que la virtud católica es tan humana y se amolda de tal manera á todos los caracteres, que así el festivo como el melancólico, el que sufre como el que goza, encuentra en ella medios para vivir alegre y regocijado; lo austero y terrible no es más que ilusión de ojos que sufren de daltonismo intelectual; en el fondo de toda persona sinceramente virtuosa no se encuentra más que paz, alegría y regocijo: los ayunos y mortificaciones en unos, los éxtasis y la vida contemplativa de los otros, son para cada cristiano, según su modo de ser, caminos anchos y fáciles que con-

ducen á la consabida llanura fértil y florida.

Tal como en la Naturaleza unos animales se nutren con alimentos groseros y desabridos y otros con manjares delicados, y á todos les sabe bien su peculiar sustento, y con él se vigorizan y viven, así la virtud cristiana tiene procedimientos diversos para nutrir todas las almas, pero haciendo que cada una se lo asimile bien, se regocije y viva: para temperamentos ardientes y vivaces, como el suyo, para los que vivimos en el mundo, no indica las vías contemplativas y reposadas; para nosotros tiene prescripciones de amor y de dulzura y enalteciéndolos, ordena la caballería y la elegancia.

Se puede ser virtuoso á la antigua en paseos y salones, y sobresalir en la más selecta sociedad; no hay alma más noble y dignamente altiva que la de un buen cristiano; en él la jovialidad es avasalladora y la cultura es título de superioridad. Lea U. *l'homme comme il le faut* del P. Marchal y sabrá cómo es un cristiano de honor, de salón, de hogar, y cómo el patriotismo, el valor, y la grandeza crecen en su corazón espontáneos y vigorosos.

Esta virtud no teme ni aun al miedo; no teme más que á Dios. No teme servilmente al pecado ó á la tentación, como U. lo piensa, porque sabe vencerlos; se cuida de ellos, que la prevención no es pusilanimidad ni cobardía, como el rico cuida su tesoro y como el general cuida su ejército y su parque. Por el contrario, sepa U. que esos cristianos han explorado audazmente todas las ciencias, poblado los desiertos, civilizado los bárbaros, peleado todas las batallas, y que siempre han salido, como el hermano de la Orden Tercera, Cristóbal Colón, con un prodigio por éxito y con la cruz vencedora en la diestra.

Tales son los frutos del ascetismo que U. calificó de antisocial é inhumano.

Habla U. de práctica separación entre la fe y las

buenas obras y de que según doctrinas de buenos filósofos y lecciones de la experiencia—el creyente debe implorar incesantemente á Dios, rogarle, seguirle, suplicarle, pero que no debe contentarse con eso, sino que conviene que por su parte se agite y sea cooperador con El. No diría más un predicador ascético desde el púlpito: esa misma fue la doctrina de Jesús cuando decía á sus discípulos: Velad y orad, esto es, vivid vigilantes y en actividad, y orad. S. Pablo recomienda ante todo el "mérito de la caridad y de las buenas obras"; una escritura mística tiene este razonamiento invencible para los eremitas: "Si creen, por qué no obran; y si no obran, qué es lo que creen?" Al tiempo del Evangelio pedimos los católicos en la misa que Dios nos enseñe á obrar y nos de fuerza para ello, petición que se encuentra en el más incompleto manual místico; esta sentencia popular es perfectamente cristiana: "A Dios rogando y con el mazo dando". Ahora, los hombres verdaderamente virtuosos, por el método ascético, siempre han seguido esta unión de creencias y oraciones con obras y prácticas de toda especie.

Lo que ignoro es quién le dijo á U., ni dónde vió que el ideal ascético era otro, y si lo observó, puede U. contar conque aquello no era ascetismo ni virtud. Porque yo no puedo negarle que hay gentes que solicitan patente de virtud para encubrir sus vicios ó esconder sus debilidades; conozco á muchos que se creen Pontífices de ella, y apenas creen en Dios, predicán una moral oscura, quebradiza y acomodaticia; y otros que se dicen creyentes tienen la suficiente cobardía para esquivar las pruebas prácticas de sus creencias; á la vez personas hay que sin creer en curas, confesiones, comuniones ó Iglesia, se casan con intervención de estos agentes del inhumano ascetismo, poniendo así una *corta distancia* entre creencias y obras. Pero no piense U. que la perversidad y la hipocresía hayan pasado; son frutos podridos de todos los tiempos y de todos los lugares: como los pobres, los malos vivirán siempre con

nosotros.

Lo que sí negamos los partidarios de la virtud ascética—y se equivocó U. de medio á medio al observar vislumbres y resquicios de lo contrario—es "la posibilidad de que uno pueda ser honrado y virtuoso aun careciendo de ciertas creencias, aun dejando de ejecutar ciertas prácticas y aun profesando ciertas ideas sobre el gobierno y la economía de las sociedades."

En este punto nuestra intransigencia no cede ni cederá jamás; repelemos semejante doctrina con la plausible intransigencia del que se cree atacado en su vida ó en su honor y repele al que lo ataca, aun quitándole la vida; con la intransigencia salvadora conque todo cuerpo físico expulsa los elementos que lo dañan por que le son contrarios.

De este modo lanzamos anatema contra cualquiera que simplemente no cree y guarda los Mandamientos; nuestra eterna doctrina es la de S. Jerónimo: "*Quicumque merita non colligit, despergit; hoc est: qui Christum non est, anti Christum est*".

Verdad es que hay muchos que, sin estos requisitos, no roban, ni asesinan, ni escandalizan, que son cultos, continentales y morigerados; pero, créame U. Doctor, esta virtud es el reverso de aquella otra "de rostro adusto y terrible": lo adusto y terrible que la una no lleva más que en el rostro, la otra lo tiene en el corazón. La virtud mundana puede ser bella, de contornos delicados y de facciones brillantes, como la estatua de yeso, pero es siempre como la estatua de yeso frágil y fugaz: se empaña con cualquier soplo, no resiste á las menores pruebas, de las cuales hay que alegrarla para que dure un poco; lleva en la frente el *nolli me tangere*. En tanto que la virtud ascética y sinceramente cristiana podrá tener el aspecto frío y austero de la estatua de mármol; pero es siempre, como la estatua de mármol, resistente, inquebrantable y eterna; vence toda prueba, es imaculada; estudiada á fondo

encanta y seduce con los atractivos de su belleza artística; es para todos los tiempos y lugares y situaciones porque lleva sobre el corazón este lema triunfador: *Esto cir. Se hombre.*

Perdóneme, Doctor, que sobre el particular haga una consideración personal, que creo necesaria: muy pocos son los hombres que, como U., a pesar de sus doctrinas, pueden ser laboriosos, morigerados, buena gente de hogar y caballeros; abra á un hombre de menos corazón y más débil voluntad que U. los campos de la sensualidad, engórdelo y déle de beber con el regalo de la mesa y con el vino, destiéndalo con la tolerancia y el amor exagerado los lazos del deber, póngalo á luchar con sus propias pasiones sin más armas que la música, háblele U. siempre de derechos, jamás de obligaciones, predíqueme la pasión por la riqueza y las comodidades, haga, en fin, que practique su complicada moral-expuesta en el discurso—y le respondo; Vive Dios! que U. no admitirá esta bestia humana en su hogar, ni aun enjaulada.

Este es uno de los defectos de su virtud, que sirve para muy pocos caracteres, en contraposición con la ascética que, ya dije á U., se acomoda y hace buenos á todos. Y sea la ocasión de decirle con franqueza que U. está muy lejos de realizar el tipo de la verdadera virtud, de la virtud universal y humana; la mejor prueba que de ello puedo darle es el análisis que estoy haciendo de sus ideas inmorales y disociadoras.

A fructibus eorum cognocetis eos; los frutos de su doctrina servirán también para decir al cristiano público, cuán falsa y quebradiza, cuán de pega y orfebrería, y qué de "inhumanas y antisociales" consecuencias es la virtud mundana que viste alba túnica y se proclama Apóstol, para desalojar á esta virtud sencilla y piadosa, valiente é ilustrada, con que siempre se ha honrado á Dios y servido á la Patria desde estas montañas antioqueñas.

He demostrado que hasta hoy no hay siquiera indicios de la evolución soñada por U. Doctor Uribe, en virtud de la cual las estatuas de yeso ocuparían el pedestal de las de bronce; pero las sociedades se corrompen y puede suceder que ello acontezca. Para entonces, pido á Dios, que no quede en la tierra un solo vástago de mi familia, porque no la quiero ver arrastrada en el fango y convertida en la familia del público, sino—como son hoy las nuestras—en la familia de Dios, en la familia que satisface todas sus ambiciones entre los ámbitos del hogar. Pero antes de que esto suceda, sepa U. y sepan todos los profetas de la propaganda anticristiana, que si el mal es activo, audaz y emprendedor, nosotros, los partidarios de la virtud añeja, los miembros del Apostolado de Cristo y de su verdad, tenemos corazón viril para entrar resueltos en las batallas de la usurpación. No cederemos el campo á la última deidad de barro sino cuando falte el último brazo para derribarla!

"Voy á terminar", diré repitiendo la frase capital de su discurso, y que Ud. suprimió en lo impreso; y así la estiflo porque los aplausos entusiastas con que fue recibida, prueban lo apartado que está el público de convenir con U. en el evolucionismo del concepto sobre la vida y la virtud.

Al concluir diré á U. que la vida de los religiosos que se dan á la contemplación, porque "desprecian el mundo y huyen del siglo", prueba que esta manifestación del ascetismo jamás ha dado tiempo "para que las arañas tiendan sus telas en nuestras dentaduras, al musgo de crecer en nuestros gaxnates y al moho de invadir nuestros cerebros atrofiados", como U. lo asegura. De esa vida salieron los monjes que conservaron las ciencias y las verdades con que se ufana el racionalismo moderno, creyendo que ellas son descubrimiento propio. Si U. nota que esa clase de vida se ha suspendido en parte, no lo atribuya á evolución contemporánea: empezó con el siglo y por aquella razón

que ya le dije de que el cristianismo es para todos los tiempos; para los de calma y persecución sangrienta tiene los claustros; para los de combate y actividad tiene Jesuitas, Hermanos cristianos, Salesianos etc.; pero no piense que en este cambio se ha transformado la virtud: la de Alejano y la del inimitable autor de la Imitación de Cristo, es la misma virtud de S. Francisco de Sales, de S. Vicente, de la Salle y de Don Bosco.

Si U. llama ociosa y enervante la vida contemplativa es por que no cree, como los cristianos, que son innumerables y materiales los beneficios que esos religiosos alcanzan de Dios para los extraviados y para los que no tenemos tiempo de hacernos con devoción una cruz en la frente; si la virtud que ellos practican le parece adusta y terrible, es porque su poder no se ha educado para cosas tan delicadas; pero la comprenderá cuando recuerde que es tal la miseria humana, tan repugnante la naturaleza de las pasiones que se agitan en el mundo, que se explica que almas nacidas para lo puro y suprasensible, desprecien ese tráfico infame y huyan de las mezquindades humanas. U. que comprende por que Damiens se botó los sesos y el oficial de Bazine cuando la capitulación de Metz y porque Ricarte se suicidó, todo ello sacrificio tanto para las almas torpes y vulgares, podía explicarse por qué hay corazones valerosos que se sacrifican en el silencio y en la soledad, para redimir así las bastardías de sus hermanos; holocausto también tanto e inútil para los que no pueden pasarse sin el murmullo del aplauso y sin el tufllo de la lionja.

Para terminar su discurso nos hace U. una larga y vehemente apología del placer y de la voluptuosidad, tomada de Montaigne, su autor favorito, cuya obra, dice U., desea ver generalizada, por lo cual lo cita de propósito con frecuencia.

¡Dios quiera que no lo consiga! Miguel Montaigne, amamantado desde niño á la lectura de los antiguos,

con las bellezas del estilo se asimiló las doctrinas sensuales y las sacó á la luz en sus *Ensayos*, obra maestra (a pesar de su desordenado plan) por la forma; pero perniciosa en el fondo. Aunque Duperron la haya recomendado como *le breviaire des honnêtes gens*, y que haya sido el libro predilecto de los caballeros franceses del siglo XVI, las páginas del escéptico literato, de aquella personificación del *Que se je?* frase por él eternizada, son por extremo peligrosas. De él ha dicho, con razón un crítico, sabio é ilustre miembro del clero francés, "el hombre que se habitúa á decir seriamente, *que sais je?* no tarda en decir *que ferai je?*" Duda de todos sus deberes como ha dudado de todas sus creencias, y no busca otra cosa en la vida que goces y deleites." (6) Por esto mismo Pascal, juez nada sospechoso, llamaba á Montaigne el *epicúreo*, no obstante sus buenas costumbres.

Lo que si quisiera yo ver generalizada no es la obra de Montaigne, sino la historia de su vida. El escritor, después de haber escandalizado al público con sus *Ensayos*, empezó á espantarse de su propia obra: ya no se atrevió, por prudencia, á publicar el *Tratado de la ser-*

(6) O como dice Balmes: "Quien se acostumbra, aunque sea por juego, á sostener el pro y el contra de todo (lo que seriamente acontecía á Montaigne con su raciocinio y lenguaje lleno de antinomias), corre peligro de caer en la duda de todo: así como los que toman la costumbre de balancearse, acaban por contraer una necesidad de balanceo."

Si, de la burla de todo, como Demócrito, se llega fácilmente al escepticismo de Protágoras, y de éste á la doctrina sensualista de Epicuro y Metrodoro no hay sino un paso. Así lo confirma la historia de la Filosofía.

Tan perniciosa y desacreditada, como doctrina moral, está y ha estado la obra de Montaigne, que, con mucha razón, observa Francisco V. Hugo en su traducción francesa las de obras de Shakespeare que el famoso dramático inglés al describir en *La Tempestad* con una brillante ironía (que omito copiar por respeto al lector) el supuesto "estado de naturaleza", debió tener á la vista el capítulo de *Los Caníbales* en que Montaigne alaba dicho supuesto y absurdo estado.

Voluntaria de su amigo Etienne de la Botie; y no se detuvo en esto, sino que al fin de su vida mostró el más sincero respeto por la religión y dio pruebas irreversibles de su fe. Miguel Montaigne, Dr. Uribe, el idolo y el maestro de U., cuando sintió que su fin se aproximaba, suplicó que le dijese la misa en su cuarto, y en el momento de la elevación, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrodilló sobre el lecho, y unidas y levantadas las manos hacia el Cielo, expiró en este acto de piedad el 13 de Septiembre de 1592.

Quiero, asimismo, hacer pública, para conocimiento y utilidad de los actuales y futuros discípulos de Montaigne (pues es mejor curarse en salud y son muchos los que sin haber nacido en Tarso, han desandado el camino de Damasco) lo ocurrido con su amigo y discípulo el abate Charron, (7) quien adoptó con demasiado ardor todos los principios de Montaigne hasta el punto de dogmatizar su escepticismo en el *Tratado de la Sabiduría*, libro que causó grande escándalo y mereció á su autor las condenaciones del Parlamento, de la Universidad, del Chatelet y del público entero á causa de la audacia con que Charron ponía en duda las verdades de la religión, la autoridad de la Iglesia y la certeza de la moral. El abate, á la par de Rabelais, no perseveró en su impiedad y dos años después de muerto su maestro publicó para reputarse á sí mismo, el *Tratado de las tres verdades*, en el cual prueba: 1º contra los ateos, que hay un Dios y una religión; 2º contra los paganos, los judíos y los mahometanos, que de todas las religiones la cristiana es la única verdadera; 3º contra los herejes y ismáticos que de todas las comuniones, no hay salvación sino en la Iglesia católica.

“Cristo triunfa. Cristo impera”. ¡Y por más que U., Dr. Uribe, y sus secuaces se desganiten y levanten aparatosa ostentación de ideales novísimos, la virtud y la vida del Nazareno han sido y serán “hasta que

(7) Citado por Drionx.

los siglos se disuelvan en pavesas”, el único tipo de la vida capaz de refrenar y de enaltecer la humanidad. Hoy ó mañana, sus enemigos tendrán que exclamar, con las entrañas abrasadas, como Juliano: “Venciste, Galileo!”

Soy de U. servidor y hermano en Jesucristo,

JUAN de JESUS.



UNIVERSIDAD
DE CHILE
BIBLIOTECA

AL MUNDO PATRIMONIAL